



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA



ANALISIS HISTORIOGRAFICO DEL INTENTO DE RECONQUISTA DE ISIDRO BARRADAS.

T E S I S I N A
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE LICENCIADA EN HISTORIA PRESENTA : ANGELES LAFUENTE GARCIA

ASESOR: DR. SALVADOR MENDEZ REYES



TESIS CON FALLA DE ORIGEN

MEXICO, D. F.



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres

A mi hermana

A Salvador Méndez Reyes

Índice

Introducción	p. 5
Capítulo I. Contexto histórico de México	p. 7
Capítulo II. Desarrollo de la invasión	p. 21
Capítulo III: Mariano Torrente y su <i>Historia de la revolución hispanoamericana</i>	p. 36
Capítulo IV. Los testigos	p. 42
A) Eugenio de Aviraneta	p. 43
B) Manuel María Escobar	p. 50
Capítulo V: Historiadores del XIX contemporáneos a la invasión	p. 55
A) Lucas Alamán	p. 56
B) Lorenzo de Zavala	p. 59
C) José María Luis Mora	p. 65
Capítulo VI. Historiadores del siglo XIX posteriores a la invasión	p. 68
A) Niceto de Zamacois	p. 69
B) Francisco de Paula Arrangoiz	p. 74

C) Juan Suárez y Navarro	p. 77
Capítulo VIII. La polémica Bulnes-Pereyra	p. 82
A) Francisco Bulnes	p. 83
B) Carlos Pereyra	p. 93
Conclusiones	p. 99
Apéndice	p. 101
Bibliografía	p. 105

Introducción

La invasión de Isidro Barradas en 1829 me parece un episodio breve pero importante en la historia del siglo XIX mexicano. Por un lado demostró que el camino a la independencia era más complicado de lo que parecía, y por otro, dejó en claro que ya no había ninguna posibilidad para España de recuperar sus antiguas colonias.

Si tomamos en cuenta el momento tan crítico desde el punto de vista político por el que atravesaba el país (México apenas estaba consolidando su independencia), es lógico que un episodio de reconquista se prestara, sobre todo, como un asunto político. Incluso antes de que llegara la expedición había miembros de las logias escocesas que sostenían que se trataba sólo de un rumor. Es decir, antes de acontecer, el tema ya era motivo de controversia entre los partidos yorkino y escocés. Además siendo un episodio tan corto, en el que Antonio López de Santa Anna —cuya carrera política comenzaba su ascenso— brilló tanto, fue aprovechado por muchos autores como un medio para encumbrar a Santa Anna.

Quise hacer un análisis historiográfico porque me pareció que podía encontrar posiciones muy diferentes entre los historiadores, quizás polarizados a favor o en contra de la invasión o de alguno de los personajes. Este trabajo es una aproximación a lo que sería un estudio más profundo, puesto que sólo he seleccionado a algunos autores. La estructura que he seguido es la siguiente:

El primer capítulo está dedicado a situar la invasión en el contexto histórico. Aquí se explican algunas de las circunstancias que dieron lugar a la misma, entre las que resaltan los decretos de expulsión de los españoles. Para explicar en general el desarrollo de la invasión se ha incluido un capítulo especial dedicado a dos testigos de la invasión: Manuel María Escobar, por el lado mexicano, y Eugenio de Aviraneta, por el lado español. Aunque ninguno de los dos intentó escribir propiamente una historia, sus trabajos tienen una vitalidad especial, y el innegable valor de testimonios únicos.

He puesto un capítulo dedicado a autores que fueron contemporáneos a la invasión, en el que he escogido a Lucas Alamán, Lorenzo de Zavala y José María Luis Mora. Me pareció interesante conocer la visión de estos personajes que, además de historiadores, fueron actores muy importantes en la política de su tiempo. He querido buscar con qué extensión, con qué profundidad y con qué enfoque tratan este breve episodio. Qué tratamiento dan al gobierno de Guerrero, su opinión del desempeño de Santa Anna y las causas de la invasión, son algunos de los puntos que creí dignos de considerarse.

En el capítulo siguiente he incluido a algunos autores posteriores del siglo XIX. Todos ellos ya habían nacido en 1829, pero eran demasiado jóvenes en tiempos de la invasión de Barradas. Esta parte contiene a Niceto de Zamacois – autor muy distinto a los demás por ser un español que escribió una *Historia de Méjico* –, Francisco de Paula Arrangoiz y Juan Suárez y Navarro.

En lo que respecta al siglo XX sólo he incluido a Francisco Bulnes y a Carlos Pereyra por la famosa polémica que surgió entre estos historiadores, entre otras cosas, alrededor de la invasión de Barradas.

En realidad es un episodio que se aborda sin mucha profundidad por la mayoría de los historiadores del siglo XX. Quizás Harold Sims, autor al que sólo he tomado como referencia y no como objeto de análisis, es el que más se ha ocupado por descubrir las causas que llevaron a este intento de reconquista por parte de España.

La hipótesis es que es un episodio que fue tratado más que nada con fines políticos. Los autores defienden alguna posición o personaje, por lo que el interés en el tema se fue perdiendo a medida que pasaron los años. Casi ningún historiador del siglo XX se ha ocupado seriamente del tema.

CAPÍTULO I. Contexto histórico

Contexto histórico

España tuvo mucha reticencia a aceptar la independencia de América. Se tendía a considerar que las aspiraciones de libertad de los pueblos americanos eran injustas hacia la Madre Patria que les había llevado las ventajas de la civilización europea. Les parecía que no había ningún fundamento moral para tales aspiraciones.¹

En España hubo una gran controversia en torno a la forma en que debían enfrentarse las rebeliones en América. Funcionarios y consejeros sugirieron diversas formas de controlar la situación, pero rara vez fueron tomados en cuenta. Una opinión que recibió bastante apoyo fue la que se inclinaba por el uso de la fuerza militar, aunque había divergencia en lo referente al grado, cuándo y cómo sería factible aplicarla con éxito. Fernando VII pensaba que podría llevarse a cabo.²

En 1817, por medio de un decreto real, el ministro de Estado, José Pizarro, quedó a cargo de la pacificación de América y de la formulación de una política americana, a pesar de que era sabido que Pizarro pensaba que América estaba prácticamente perdida.³

Pizarro buscó varias soluciones moderadas, aunque sí planteó la posibilidad de una intervención militar en Buenos Aires. Pensó también en propiciar la intermediación de la Gran Bretaña, al permitirle comerciar con los territorios sobre los que España aún conservaba su dominio.⁴ Por otro lado, era de los pocos españoles que pensaban que España podría aprovechar comercialmente la independencia de sus dominios americanos, tal y como lo habían hecho los ingleses con los Estados Unidos. Pizarro hizo todo lo posible para que Fernando VII adoptara una política general para América.⁵ Viendo que la situación era muy complicada, quería unificar en una autoridad todos los problemas americanos y

¹ Michael P. Costeloe, *La respuesta a la Independencia. La España imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1840*, traducción de Mercedes Pizarro, México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (Sección de Obras de Historia), p. 37.

² *Ibid.*, p. 74.

³ Timothy E. Anna, *España y la Independencia de América*, traducción de Mercedes E. Ismael Pizarro, México, Fondo de Cultura Económica, 1986 (Sección de Obras de Historia), p. 227.

⁴ *Ibid.*, p. 227.

⁵ *Ibid.*, p. 228.

vefa en una invasión a Buenos Aires la posibilidad de disolver el régimen independiente que se gestaba en Chile y salvar, al mismo tiempo, a Perú y al Alto Perú de la rebeldía.⁶

Otro punto interesante del planteamiento de Pizarro era su propuesta de dar amnistía a los españoles asociados al liberalismo francés, puesto que éstos alentaban las rebeliones americanas.⁷ Además quería enviar agentes secretos a Europa, como lo hacían los rebeldes, y consideraba que España debía ganarse el favor de los dirigentes americanos.⁸

El 17 de enero de 1822 se presentó un informe en las Cortes en el que se afirmaba que no era el momento de reconocer la independencia de las colonias.⁹ Con el fin de retener sus dominios americanos, España intentó aplicar un plan que incluía los siguientes puntos: suspender durante dos años las hostilidades; recibir las quejas y sugerencias de las provincias americanas; dar a los diputados a Cortes de América la facultad de proponer la suspensión de disposiciones constitucionales; permitir a las potencias extranjeras comerciar durante seis años con las colonias americanas; y repartir tierras entre indios y castas. Finalmente el intento por retener las colonias fracasó.¹⁰

La historia de México en el siglo XIX es sumamente compleja. La inestabilidad política, los cambios de gobernantes y los enfrentamientos entre grupos políticos son una constante en este periodo.

La independencia de México fue el resultado de un largo proceso. Si bien los tratados de Córdoba de agosto de 1821 daban por consumada la independencia de México, en febrero del año siguiente las Cortes españolas los declararon ilegales y nulos para el gobierno español. Es decir, para España, México seguía siendo parte de sus dominios. Las Cortes mandaron a México dos comisionados para tratar el asunto, Juan Ramón Osés y Santiago Irisarri, pero el hecho de que los

⁶ *Ibid.*, p. 229.

⁷ *Ibid.*, p. 229.

⁸ *Ibid.*, p. 232.

⁹ *Ibid.*, p. 300.

¹⁰ *Ibid.*, p. 300.

comisionados tuvieran prohibido reconocer la independencia de México llevó al fracaso las negociaciones que concluyeron el 25 de septiembre de 1823. Sin embargo, antes de que las pláticas llegaran a su fin, el comandante general de San Juan de Ulúa, el brigadier Francisco Lemaux, decidió atacar el puerto de Veracruz. Este fue el principio de una serie de ataques que no terminarían sino hasta noviembre de 1825.¹¹ Los más perjudicados por estas acciones fueron los españoles residentes en el puerto de Veracruz, debido a que eran los propietarios de los principales bienes inmuebles y a que el comercio se vio sumamente afectado. Además, las agresiones militares incrementaron la reciente campaña antiespañola, que desembocaría más tarde en los decretos de expulsión de los españoles de 1827 y 1829.

De hecho, el 25 de octubre de 1823, el Poder Ejecutivo, desbordado por lo que sucedía, como lo había estado Iturbide antes, declaró la guerra a España. La capitulación de San Juan de Ulúa tuvo lugar en noviembre de 1825.¹²

Desde que en 1823 Fernando VII instauró de nuevo el absolutismo en España, comenzaron las ideas de reconquistar América. Sin embargo, España no tenía suficientes recursos para ello. Por su parte, las relaciones entre mexicanos y españoles se iban complicando cada vez más. A pesar de la garantía de la Unión, Iturbide no tenía buena relación con muchos españoles que se afiliaron al grupo de los borbonistas, opositor a éste¹³ en el Congreso. Además, la participación de los jefes militares peninsulares, Pedro Celestino Negrete y José Antonio Echávarri, en la caída de Iturbide, provocó que después muchos exiturbidistas se hicieran yorkinos y antiespañoles. El 19 de marzo de 1823 Iturbide abdicó y el 11 de mayo abandonaba México.

¹¹ Salvador Méndez Reyes, *Eugenio de Aviraneta y México. Acercamiento a un personaje histórico y literario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1992, (Nuestra América) p. 72.

¹² Harold Sims, *La reconquista de México. Historia de los atentados españoles, 1821-1830*, traducción de Lillian D. Seddon, México, Fondo de Cultura Económica, 1984 (Sección de Obras de Historia), p. 32.

¹³ Méndez Reyes, *op.cit.*, p. 72.

Después de que el Congreso declaró inexistente el Imperio Mexicano, el 31 de mayo se nombró un Ejecutivo Provisional integrado por: Pedro Celestino Negrete, español perteneciente a la masonería escocesa; Nicolás Bravo, también escocés, visto con simpatía por los españoles; y Guadalupe Victoria, insurgente defensor de los intereses republicanos. Estaban representados así los dos grupos que se unieron para derrotar a Iturbide. Este gobierno permaneció en el poder hasta que el 10 de octubre comenzó el mandato del primer presidente de la República Federal, Guadalupe Victoria.

La aparición del *Correo de la Federación* en noviembre de 1826 era la manifestación de la ideología del partido yorkino, que tenía como sustento las logias del mismo nombre. El sentimiento antiespañol era lo único que daba cohesión a un grupo integrado por republicanos —algunos antiguos insurgentes— y exiturbidistas. Joel Roberts Poinsett estuvo desde el principio muy comprometido con los yorkinos, e incluso intervino para que las logias de Nueva York y Filadelfia reconocieran a los clubes mexicanos. Además, los yorkinos aprovecharon su sentimiento antiespañol para ganar popularidad y derrotar a su enemigo por antonomasia: la logia escocesa.¹⁴

Algunos escoceses eran aristócratas y españoles que se opusieron a Iturbide a través del grupo borbonista, que era políticamente moderado. En 1821 los escoceses formaron el “partido del progreso”, que promovía la educación lancasteriana y buscaba frenar el poder temporal de la Iglesia.¹⁵

A principio de 1827, los yorkinos lograron obtener la mayoría en la Cámara de Diputados en el Congreso Federal. En el Senado fue distinto porque pocos españoles habían sido puestos a elección.¹⁶

A pesar de que el proceso electoral y las tácticas usadas por ambas partes no habían llevado a que el pueblo expresara sus opiniones democrática y representativamente, como lo marcaba la Constitución, las elecciones concluyeron

¹⁴ *Ibid.*, pp. 72-73.

¹⁵ *Ibid.*, p. 73.

¹⁶ *Ibid.*

con un triunfo para el partido yorkino, apoyado probablemente por el electorado instruido. Ninguno de los bandos había debatido políticamente, ni siquiera en torno al federalismo y el centralismo. Se ignoró por completo la situación económica, la situación de la Iglesia, las reformas sociales y la legislación pendiente. Todo se diluyó en la enconada lucha entre las logias masónicas. En general los candidatos y la prensa se centraban en ataques personales.¹⁷

Las verdaderas víctimas de la campaña antiespañola no fueron los antiguos opresores coloniales, sino gente de condición mucho más modesta. En este caso, muchos eran ex soldados que se quedaron en México después de la rendición de 1821.¹⁸

Hubo varios planes de reconquista antes del encabezado por el brigadier Barradas. El más conocido es la conspiración del padre Arenas en 1827, que bajo el lema de "Viva España, Viva la religión de Jesús Cristo" planeaba una revuelta para que Nueva España volviera bajo la soberanía de España. Fue descubierta por Ignacio Mora, comandante general del Estado de México y del Distrito Federal, quien ante la invitación del padre Arenas para unirse a su movimiento, delató todo lo que sabía al presidente Victoria. Victoria convocó de inmediato a un consejo de ministros para decidir qué medidas adoptar. Se decidió que Mora volviera con el padre Arenas, pero esta vez con testigos ocultos en el cuarto adyacente para que oyeran la conversación. El 19 de enero tuvo lugar el encuentro en el domicilio de Mora ubicado en el suburbio de San Cosme. Ante las preguntas de Mora, Arenas le informó que el complot se había planeado en Madrid y que Fernando VII había designado a un comisionado regio (muchos creen que Eugenio de Aviraneta era dicho comisionado) que ya estaba en el país y que se contaba con el apoyo de generales, canónigos y muchas personas más. No quiso dar más detalles hasta que Mora se uniera a la conspiración. Al parecer uno de los testigos se exasperó tanto

¹⁷ Michael P. Costeloe, *La primera república federal (1824-1835)*, traducción de Manuel Fernández, México, Fondo de Cultura Económica, 1975 (Sección de Obras de Historia), pp. 85-86.

¹⁸ Sims, *La reconquista...*, p. 35.

que interrumpió la conversación.¹⁹ El padre Arenas fue detenido junto con varios de sus seguidores, y fracasaron rotundamente todos sus planes.

Los yorkinos divulgaron con gran eficacia la conspiración de Arenas, con lo que tenían un arma más para alimentar el sentimiento antiespañol. La conspiración parece haber sido real, originada por españoles pertenecientes a la Iglesia que no gozaban de la simpatía de los españoles escoceses, y probablemente del ejército. Aunque no fue apoyada por el partido escocés, se usó políticamente para atacarlos. La facilidad con que la conspiración fue aniquilada en 1827 reveló a los agentes de Fernando VII que la única posibilidad de reconquista estaba en una expedición armada desde el exterior.²⁰

La Ley de Empleos del 10 de mayo de 1827 fue un triunfo para los nacionalistas. Este decreto establecía que mientras España no reconociera la independencia de México, los españoles no podrían ostentar ningún cargo público, civil o militar de jurisdicción federal.²¹ Bajo el régimen federal, cada estado debía tomar sus propias medidas con respecto a los españoles que tenían puestos no federales dentro de sus dominios. Las leyes estatales que fueron surgiendo eran muy similares a la federal, aunque había algunas diferencias entre ellas.²²

El 20 de diciembre de 1827 se dictó la primera ley federal de expulsión de los españoles. Las excepciones eran los españoles de más de sesenta años o impedidos, los que pudieran probar sus servicios a favor de la guerra de independencia, los casados con mexicana, los que tuvieran hijos no españoles y los profesores de alguna ciencia, arte o industria útil. Salieron alrededor de 1,779 personas, es decir, un tercio de la población española que residía en el país.²³

La expulsión de los españoles generó un gran descontento entre los escoceses. El vicepresidente y jefe de la logia escocesa, Nicolás Bravo, encabezó

¹⁹ Costeloe, *La primera república...*, p. 91.

²⁰ Sims, *La reconquista...* pp. 60-61.

²¹ Harold Sims, *Descolonización en México. El conflicto entre mexicanos y españoles (1821-1831)*, traducción de Lillian D. Seddon., México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 26.

²² *Ibid.*, p. 27.

²³ Méndez Reyes, *op. cit.*, p. 74.

una revuelta que se inició con el Plan de Montaña, llamado así porque uno de los partidarios, el coronel Manuel Montaña, publicó un plan en el que pedía la abolición de las logias, la expulsión de Poinsett y la disolución del gabinete. Los escoceses pedían la disolución de las logias sin disolver primero su propio rito, hecho del que los yorkinos se percataron.²⁴

El gobierno de Victoria envió a Vicente Guerrero a combatir a Bravo. Bravo fue vencido, juzgado y condenado al exilio. Esta fue la derrota de la logia escocesa y el inicio de la división entre los yorkinos, que al no tener oposición se dividieron en dos bandos: uno que continuaba con la posición radical antiespañola y los que querían poner alto a esta campaña.²⁵

A las elecciones presidenciales se presentaron dos candidatos yorkinos: Vicente Guerrero, apoyado por los electores populares, y el general Manuel Gómez Pedraza, apoyado por los yorkinos elitistas y por los escoceses sin partido. El 1 de septiembre de 1828 el Congreso declaró el triunfo de Gómez Pedraza. Tuvo entonces lugar un movimiento conocido como Motín de la Acordada porque tomaron el edificio de la Acordada en la ciudad de México, en el que intervinieron Santa Anna, Juan Álvarez, Lorenzo de Zavala y el general José María Lobato. Gómez Pedraza, al sentir que ya no tenía apoyo, decidió renunciar al poder y el Congreso declaró que los votos para Gómez Pedraza no expresaban la voluntad popular, por lo que reconoció a Vicente Guerrero como presidente y a Anastasio Bustamante como vicepresidente.²⁶

Vicente Guerrero tomó posesión como presidente de México el 1 de abril de 1829. Tenía 47 Años y era un hombre sencillo y sin educación. Zavala recordaba que añoraba el campo.²⁷ Es una de las figuras más controvertidas de la historia de México y desde un principio fue duramente atacado por sus enemigos. Es indudable que tomó el mando del país en una situación más que difícil. La

²⁴ Harold Sims, *La expulsión de los españoles de México (1821-1828)*, traducción de Roberto Gómez Ciriza, Madrid, FCE, 1974 (Sección de Obras de Historia), p. 152.

²⁵ *Ibid.*, p. 170.

²⁶ Costeloe, *La primera república...*, pp. 203-210.

²⁷ *Ibid.*, p., 219.

condición económica requería de una atención urgente y había que afrontar cuatro grandes problemas:

- 1) Aplicar la segunda ley de expulsión de los españoles
- 2) La situación fiscal
- 3) La reorganización del ejército
- 4) La invasión de Isidro Barradas

La segunda ley de expulsión de los españoles había sido publicada el 20 de marzo de 1829. Al parecer era inflexible y la situación del país, con los rumores de una posible invasión, parecían apuntar a que se aplicara de inmediato el decreto. Esta ley se dirigía a todos los españoles, sin importar condición personal, creencias políticas o lazos familiares. Las excepciones por enfermedad se consideraban solo demoras de la fecha de partida. Era una ley mucho menos flexible que la de 1827, que se dirigía a españoles solteros y a aquellos que vivieran ilegalmente en el país. Una ley tan poco selectiva como la de 1829 difícilmente podría aplicarse al pie de la letra.²⁸ Hubo muchos españoles que se salvaron debido a su estado de salud, su riqueza o su influencia.²⁹

Una de las consecuencias de las expulsiones fue que varios militares emigrados escribieron a las autoridades españolas ofreciendo planes de reconquista, mientras que varios comerciantes estaban dispuestos a financiarlos. En los numerosos planes de reconquista se aseguraba que debido a la anarquía reinante en el país, la empresa sería muy fácil y se pensaba que gran número de mexicanos se uniría a las fuerzas invasoras. Todo esto alimentaba los anhelos de reconquista de Fernando VII.³⁰ La mayoría de los que salieron se fueron a Nueva Orleans o a Burdeos. No se tienen cifras sobre cuántos españoles se fueron, ni de los bienes que se llevaron. Sin embargo, se quedaron los más acaudalados —que eran los más activos en política— y continuaron en franca oposición a los yorkinos en el gobierno.

²⁸ Sims, *Descolonización de México...*, p.120.

²⁹ Costeloe, *La primera república...*, p. 219-220.

³⁰ Méndez Reyes, *op. cit.*, p.75.

A estas alturas ya se sospechaba que España se preparaba para invadir y que esperaba contar con el apoyo de grupos españoles en México.

Los enviados mexicanos en Europa observaban las actividades de los españoles ricos exiliados en París y Burdeos. Alguno de ellos se habían incorporado exitosamente al comercio franco-mexicano y estaban dispuestos a apoyar financieramente un plan de reconquista. Tomás Murphy, agente mexicano en París, sospechaba de algunos comerciantes, entre los que estaba José María Fagoaga. En marzo de 1829 Vicente Rocafuerte informaba desde Londres que Fernando VII había prometido proporcionar 8,000 soldados para una expedición contra México. Desde 1827 Eugenio de Aviraneta, conspirador arquétipo de la época, junto con el padre Diego Manuel Bringas y algunos españoles adinerados, empezaron desde Nueva Orleans a planear una invasión que colocara a un príncipe español en el trono mexicano. Sin embargo, el gobernador de Cuba, Francisco Dionisio Vives, a quien se le turnó este asunto, se negó a enviar este plan a Madrid debido a que en la metrópoli no se veían con buenos ojos las soluciones separatistas.

Los conspiradores siguieron trabajando y el plan de reconquista siguió adelante. En mayo de 1828 Fernando VII aprobó la invasión y nombró al brigadier Isidro Barradas para dirigirla. La cédula real necesaria se expidió el 21 de agosto de 1828. Para encabezar la expedición nombraba a los brigadieres Ángel Laborde e Isidro Barradas. El viaje de reconquista partiría de Cuba.³¹ El 7 de abril de 1829 se firmó la real orden que disponía la expedición de Barradas. La expedición, compuesta aproximadamente por 3,550 hombres, partió de La Habana el 5 de julio de 1829, rumbo a Tampico. Barradas pensaba que podía contar con el apoyo en México de un partido monárquico mayoritario y de que el pueblo se uniría a la expedición de reconquista sin necesidad de un gran derramamiento de sangre.³²

³¹ Sims, *La reconquista.....*, pp. 63-67.

³² Méndez Reyes, *op. cit.*, p. 77.

Mientras tanto, en México reinaba la confusión. A partir del 18 de julio, José María Bocanegra, ministro de Relaciones Exteriores, comenzó a circular los informes sobre la inminente llegada de la expedición.

Sin embargo, había tal estado de desconfianza que la prensa conservadora, como *Voz de la patria* y *El Sol*, se negaba a creer los informes del gobierno.

Por su parte, Santa Anna, que ocupaba de nuevo el cargo de gobernador, se había desplazado cerca del puerto para movilizar a la milicia local porque esperaba que la invasión desembarcara en Veracruz.³³

La expedición llegó a Punta de Jerez, actual estado de Tamaulipas, el 24 de julio, pero el desembarco se inició el 27 en la mañana. Barradas hizo circular una proclama en la que se dirigía a los habitantes de Nueva España y en la que aseguraba que venía con el propósito de restablecer el orden y el "paternal gobierno". También se distribuyeron proclamas especiales a los soldados para que se unieran al ejército de la corona, y una propaganda religiosa, escrita por el padre Bringas, integrante de la expedición. El recibimiento a la expedición fue sumamente indiferente por parte de la población. Tampico estaba vacío y el mes de julio, cálido en aquella región, favorecía el vómito negro y la fiebre amarilla, enfermedades a las que los expedicionarios, habituados a un clima muy diferente, eran muy vulnerables. Los únicos que enfrentaron a los invasores fueron los generales Manuel de Mier y Terán y Santa Anna.

Debido a la situación de emergencia y con gran reserva, el Congreso otorgó facultades extraordinarias al presidente Guerro el 25 de agosto de 1829. Se traba de defender la independencia del país. Dichos poderes extraordinarios duraron hasta el 18 de diciembre de 1829 y sus efectos se extendieron hasta después de la invasión.³⁴

El asedio de las tropas mexicanas, la enfermedad y la desilusión obligaron a Barradas a firmar la capitulación el 11 de septiembre.

³³ Costeloe, *La primera república...*, p. 223.

³⁴ Sims, *La reconquista ...*, p. 104-106.

La invasión de Barradas hizo ver claramente tanto a los mexicanos como a los extranjeros que en ese momento no era factible una reconquista.

En la capital del país la noticia de la derrota del intento de reconquista fue muy bien recibida. La ciudad estaba de fiesta, inundada de gozo. Había por todas partes cohetes y campanadas, el ambiente era de feria: se corrían gallos, se tocaba música. Nunca había habido tanta algarabía desde la independencia.³⁵ Los festejos continuaron el día siguiente. Después de que se publicó el detalle de la acción y la capitulación de Barradas, el gobernador Tornel salió a caballo, con todos los miembros del ayuntamiento y marchó toda la Guarnición de México.³⁶

A pesar de que el gobierno manifestó su aprecio por Santa Anna al nombrarlo general de división, en privado se le criticaba por no haber pedido condiciones más onerosas y humillantes para los españoles y no haber exigido la entrega del padre Bringas.³⁷ Por su parte el periódico yorkino *El Correo de la Federación* no reconocía lo suficiente el mérito de Santa Anna y se refería a él, simplemente, como “un soldado afortunado”.³⁸

Santa Anna fue recibido con muchos honores en Guanajuato, Veracruz y Puebla, lo que provocaba los celos de Guerrero y su camarilla. Guerrero mandó quitar los adornos del balcón y “convino con el dictamen de Zavala que aprobó la mayor parte de los ministros, reducido a que se proscibiera a Santa Anna. Dijose que la gran logia lo tenía ya proscrito”.³⁹

Con esto se ve que la figura de Santa Anna y su participación en contra de la invasión de Barradas comenzaron a ser objeto de controversias desde muy pronto. Y esto se prolongaría en historiadores posteriores.

³⁵ *Memorias para la historia de la invasión española sobre la costa de Tampico, Tamaulipas, hecha en el año de 1829 y destruida por el valor y prudencia de los generales D. Antonio López de Santa Anna y D. Manuel de Mier y Terán, en el corto espacio de un mes y quince días.* Dala a luz Carlos María de Bustamante, México, Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés, 1831, p. 24 (Colección Lafragua núm. 763).

³⁶ *Ibid.*, pp. 24-25.

³⁷ *Ibid.*, p. 25.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ *Ibid.*, pp. 25-26.

Desarrollo de la invasión

El 5 de julio salió hacia México la expedición de reconquista. Zarparon de La Habana el navío Soberano, las fragatas Lealtad y Restauración, cinco bergantines de guerra, cuarenta goletas mercantes americanas y numerosas lanchas de auxilio. Debían transportar cuatro mil hombres a nuestras costas.⁴⁰

La expedición venía encabezada por los brigadieres Ángel Laborde e Isidro Barradas, quien había sido nombrado para dirigirla. Antes de salir, Barradas leyó una proclama a sus soldados:

Soldados: vais a partir para Nueva España, teatro donde hace trescientos años se inmortalizaron los antiguos denodados españoles mandados por el valeroso Hernán Cortés. Aquellos conquistaron este hermoso país, vosotros vais a pacificarlo, hacer olvidar el pasado y a restablecer el paternal gobierno del mejor de los reyes. Los mexicanos no son nuestros enemigos, son nuestros hermanos: los unos son alucinados y los otros subyugados por sus tiranos....La primera cualidad del valiente es ser indulgente con el vencido, respetar su desgracia, no le echéis en cara sus pasados extravíos, el absoluto olvido de lo pasado es la base fundamental de nuestra empresa. El pillaje enriquece a pocos, envilece a todos, destruye los recursos, hace enemigos de los pueblos cuya amistad se quiere ganjear. A nombre de S.M. premiaré vuestras virtudes militares y las acciones heroicas, seré inexorable contra aquel que con su conducta pretenda deshonar el nombre español!⁴¹

Esta proclama refleja la mentalidad y la actitud de Barradas en la que después Niceto de Zamacois hará mucho énfasis. Una tormenta dispersó el convoy el 10 de

⁴⁰ Juan Suárez y Navarro, *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1850, p. 141.

⁴¹ *La Minerva Guanajuatense*, (Guanajuato), t. I, agosto-octubre de 1829, núm. 14. pp. 105-16. (Colección Lafragua núm. 313)

julio, pero obedeciendo órdenes previas se reunieron el 24 frente a Cabo Rojo. Sólo una nave de transporte se quedó en Nueva Orleans.⁴²

La expedición llegó a Punta de Jerez el día 24, pero fue hasta el 26 que Laborde mandó a un marinero a la orilla. El expedicionario le dio a un mexicano una moneda —solicitaba que les llevaran comestibles— y la proclama de Barradas. El mexicano regresó a informarles que las autoridades ya habían sido avisadas. Barradas tenía mucha fe en el efecto de sus proclamas y el desembarco comenzó el 27 a las seis de la mañana. El vómito y la fiebre amarilla eran terribles. Seis guardacostas de Tampico observaban, retirándose al amanecer, sin duda a dar parte. En tanto, Barradas leyó el 28 una proclama a sus soldados.⁴³

El padre Diego Manuel Bringas, una de las personas que más influyeron en que Barradas creyera que los mexicanos querían pertenecer a España, dio una proclama a los habitantes.⁴⁴ El padre Bringas era misionero apostólico del Colegio de Santa Cruz, predicador honorario de Su Majestad y vicario castrense del ejército de vanguardia. Quizás era la única persona de origen mexicano que venía formando parte de la expedición. No se sabe si venía voluntariamente para ejercer su influencia religiosa, o como capellán del ejército. Probablemente, como tenía conocimientos sobre el país invadido se pensaba que podía servir de guía.⁴⁵

El día 29 de julio la división española se formó en tres secciones. El primer batallón al mando del teniente coronel, primer comandante, Luis Antonio Freire, formaba la vanguardia. El segundo, al mando del comandante Luis Juan Falomir, formaba el centro, y el tercero, con sólo 600 soldados (los demás se habían quedado en Nueva Orleans a causa de un temporal) bajo las órdenes del capitán Juan Descallart, formaba la retaguardia. Ésta custodiaba el pequeño convoy con cajas de guerra y municiones, parte del almacén y dos botiquines.

⁴² Sims, *La reconquista de México...* p. 79.

⁴³ Niceto de Zamacois, *Historia de México*, Barcelona, J. F. Parres, 1879-1888, vol. XI, p. 732.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 733-734.

⁴⁵ Juan de Dios Arias, "México Independiente" en *México a través de los siglos*, Editorial Cumbre, s.f., t. VII, p. 194.

El mismo día la escuadra se hizo a la vela para hacer el crucero sobre el puerto de Tampico y el de Veracruz.

Sólo avanzaron cinco leguas en la jornada, bajo el sol abrasador. En la noche no los dejaban dormir los mosquitos.

A la mañana siguiente la marcha se inició igual que el día anterior. A las nueve de la mañana un campesino avisó a Barradas que tratarían de hostilizarlo, pero Barradas no tomó precauciones. Comenzaban los problemas para el ejército invasor a causa del clima y las inclemencias. Todos los autores coinciden en que las condiciones del clima fueron determinantes en el ánimo de los invasores y que su salud se vio afectada desde el principio.

El día 31 emprendieron la marcha en forma acostumbrada. A las diez de la mañana ya había pasado el primer batallón frente a un sitio más frondoso que los demás, a cien pasos de distancia de la playa. Cuando iba pasando la cabeza del segundo batallón, se oyó de repente detonar artillería y metralla que hirió a once soldados. El comandante Juan Falomir mandó entonces al teniente Antonio Sanjurjo y al subteniente Eduardo Agusty, con media campaña de cazadores, a reconocer el sitio. Llegaron a un reducto circular donde los mexicanos tenían cuatro cañones de doce. Uno de los españoles mató a uno de los mexicanos cuando estaba a punto de disparar un cañón. La fuerza de los mexicanos era de aproximadamente cincuenta y se vieron obligados a rendirse. Fueron tomados como prisioneros "que se habían portado con valor y por lo mismo eran vistos con aprecio por los soldados".⁴⁶

A las cinco de la tarde del 1 de agosto entraban los españoles a Tampico, que había sido abandonada. Quedaban algunos extranjeros avecinados ahí. Zamacois, que es el que hacer referencia a esto, no especifica de dónde eran estos extranjeros. Barradas trató de formar un nuevo ayuntamiento, dándole la vara de alcalde a uno de los extranjeros. Tomó el convento de San Francisco como hospital.

⁴⁶ Zamacois, *op.cit.*, p. 740.

El almirante Ángel Laborde se regresó a Cuba sin dejar ningún buque a Barradas. Zamacois dice: "¡Imprudente confianza que dejaba a una corta división abandonada en un país mortífero, sin un barco para reembarcarse si las esperanzas de adhesión salían fallidas y sin poder internarse en clima benigno por no ser suficiente número de gente para dejar cubierta la retirada para poder avanzar!".⁴⁷

Felipe de la Garza, comandante general del Estado donde se presentó la expedición, puso en movimiento la tropa de línea y los batallones de milicia. Sin embargo, la gloria de vencer al invasor no le correspondería a él sino a Antonio López de Santa Anna. Una fragata de guerra francesa había avisado en Veracruz de una salida de la expedición desde La Habana, pero sin decir el lugar del desembarco. Santa Anna, gobernador y comandante general del estado de Veracruz, se movilizó para reunir a las milicias nacionales. Como las arcas públicas estaban vacías, obtuvo un préstamo de los vecinos de Veracruz por 13,735 duros para organizar las fuerzas. La noticia del desembarco fue recibida por el gobierno mexicano el 31 de julio.

Santa Anna se embarcó hacia Tampico con la infantería, que no llegaba a dos mil hombres, y mandó por la tierra costera a la caballería. Aunque era una decisión temeraria, se vio favorecido por la fortuna.⁴⁸ Esta estrategia seguida por Santa Anna también ha dado lugar a polémica entre los distintos autores.

Los estados de Zacatecas, San Luis Potosí, México y Jalisco también contribuyeron con tropas. Probablemente esto hizo vacilar al invasor que sabía que muchos y bien formados cuerpos militares se dirigían a pelear por la independencia y la libertad de la nación.⁴⁹ Por su parte, el Congreso dio facultades extraordinarias al presidente Guerrero, con el fin de conservar la independencia y la tranquilidad pública. Estas facultades no lo autorizaban a disponer de la vida de

⁴⁷ *Ibid.*, p. 741.

⁴⁸ Arias, *op. cit.*, p. 195.

⁴⁹ José María Bocanegra, *Memorias para la historia de México independiente, 1822-1846*, México, Fondo de Cultura Económica, Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, Instituto Cultural Helénico, (Clásicos de la historia de México), t. 2, p. 93.

los mexicanos ni expulsarlos del país.⁵⁰ En virtud de estas facultades, Guerrero levantó el destierro a los generales Miguel Barragán y Nicolás Bravo y a otros que habían participado en el Plan de Montaña. Mandó a Jalapa al vicepresidente, Anastasio Bustamante, con un cuerpo de reserva, previendo que pudiera llegar por Veracruz una expedición mayor.

Una semana después de llegar a Tampico, Barradas fue enterado de que tropas regulares de Tamaulipas — entre las que estaba el batallón de Pueblo Viejo y milicias — bajaban por Los Corchos. A la cabeza de estas tropas iban Juan Cortina y el coronel Andrés Ruiz Esparza.

El 9 de agosto Barradas dispuso la salida de cuatro compañías del primer batallón y cuatro del segundo y dos del tercero, a las órdenes del comandante Juan Falomir. Se dirigían a los Corchos por el camino viejo a Victoria. Falomir hizo desplegar una guerrilla (segunda compañía del primer batallón) para observar a los mexicanos y la avanzada comenzó a atacarlos al día siguiente. Entre tanto se desplegaba la guerrilla de la segunda compañía y antes de 1/4 de hora se había generalizado el fuego. Por órdenes de Falomir, las compañías restantes formadas en mitades en columnas, avanzaron a paso de carga, mientras las guerrillas de las dos compañías flanqueaba a los contrarios.⁵¹ El episodio concluyó con la retirada de los mexicanos. El saldo fue de 97 muertos, 132 heridos, 180 prisioneros, muchísimas armas, mantas, cajas de guerra y provisiones.

Al parecer Felipe de la Garza, por alguna razón que no es muy clara, no pudo impedir que el invasor atravesara el Pánuco, para ocupar después Tampico. El general en jefe pensó que podía subyugar a los mexicanos: “Una pomposa proclama anunciaba al mundo que el pabellón ibero volvía a tremolar en el Virreinato de Nueva España, y que el monarca, su antiguo señor, había reconquistado las colonias”.⁵²

⁵⁰ *Ibid.*, p. 93.

⁵¹ Zamacois, *op. cit.*, p. 749.

⁵² Suárez y Navarro, *op. cit.*, p. 144.

Entre tanto, Santa Anna desembarcó en Barra de Tecolutla y se dispuso a marchar hacia Las Piedras, donde se situó para operar sobre Tampico. El 11 de agosto el gobierno lo nombró general en jefe del ejército de operaciones. Una gran ventaja para las tropas mexicanas era que el clima no las dañaba, mientras que las españolas se veían muy afectadas por las enfermedades.

El 15 de agosto llegó a Altamira Manuel de Mier y Terán, que tendría un papel fundamental en el desenlace de este episodio.

De la Garza se dirigió entonces a Pueblo Viejo. El plan era reducir a la expedición española a un estrecho círculo, por lo que ya había fuerzas en distintos puntos.

Barradas, después de consultar con el jefe del estado mayor, Fulgencio Salas, salió de Tampico con 2,000 hombres al encuentro de las fuerzas mexicanas de De la Garza, que contaba con 5,000 hombres, pero la mayor parte eran sólo milicias sin mucha instrucción militar.

Cerca del Bejucal Barradas dividió sus fuerzas en dos secciones, una en dirección al río Pánuco, por la extrema derecha, y las otras por el sitio de las Lomas, mientras que por el centro, extendiéndose en orden de guerrilla, iba una compañía de cazadores. La guerrilla abrió fuego. Felipe de la Garza no alcanzaba a ver los extremos de las dos secciones y mandó a las tropas mexicanas a paso de carga, sin orden militar. La guerrilla, por movimiento estratégico, se replegó, haciendo fuego en retirada, mientras que la sección de la izquierda presentaba batalla y la de la derecha ocupaba la retaguardia. Las fuerzas mexicanas eran atacadas por tres fuerzas a la vez, a la voz de "Viva el Rey", en la calle Real de Pueblo Viejo. Los batallones expedicionarios impedían el paso. Felipe de la Garza se dio por prisionero con sus tropas y pidió hablar con Barradas. Este es uno de los episodios más oscuros de la invasión. Algunos autores afirman que Felipe de la Garza fue un traidor. En todo caso es un episodio que no ha sido suficientemente aclarado. "Garza permaneció poco tiempo entre los invasores, y pudo pasar a

México, donde su traición o su cobardía quedaron impunes.”⁵³ Este episodio influyó para que Santa Anna le quitara el mando a De la Garza y se lo diera a Mier y Terán. Barradas regresó a Tampico y Santa Anna tomó Pueblo Viejo como cuartel general.

El 13 de agosto se verificó el encuentro de Doña Cecilia, fortaleza colocada entre la Barra y el pueblo de Tampico.⁵⁴ El jefe de las fuerzas españolas de 1,200 hombres era el coronel Luis Vázquez. Fue otra derrota para los mexicanos. Hubo 29 muertos, 340 prisioneros (luego liberados), 57 heridos, entre ellos tres oficiales, y se perdieron armas y bagajes. Los españoles también tuvieron algunas bajas: Alejandro Cajigal (teniente de la 4a. compañía) y el soldado Juan Sol. Además, el subteniente Manuel Blanco y el cadete Rufino Robles, así como los cadetes Tartajeda y Ramos resultaron heridos.

Barradas salió hacia Altamira donde estaba Felipe de la Garza.⁵⁵

Manuel Mier y Terán había mandado a construir dos reductos con el fin de defender el camino: uno en Villerías y el otro a legua y media del primero, en un desfiladero que sólo permitía un ataque de frente.⁵⁶

Barradas salió hacia Altamira con una división de 1,400 hombres. Dejó una pequeña guarnición en Tampico a cargo de Miguel Salomón y 400 hombres en el Fortín de la Barra, a cargo del coronel Luis Vázquez.

El 17 de agosto Barradas avanzó sobre Villerías. El primer reducto fue tomado por los españoles, después de una tenaz resistencia. Terán se había replegado sobre el segundo reducto. Los expedicionarios se lanzaron sobre las murallas. La lucha fue terrible. Finalmente los expedicionarios, saltando el parapeto, lograron penetrar en el reducto y tuvo lugar una lucha de bayoneta. Terán tuvo que retirarse pero logró salvar la artillería.

⁵³ Arias, *op. cit.*, p. 195.

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ Zamacois, *op. cit.*, p. 754.

⁵⁶ *Ibid.*

Barradas marchó entonces sobre Altamira. Felipe de la Garza situó su campo en medio de los caminos hacia Presas y Horcasitas. Hubo pérdidas en los dos bandos. En el lado invasor murió Zubiaga, un español que había salido con las expulsiones y que servía de guía. Barradas alojó a sus tropas en Altamira.

Santa Anna decidió sorprender a la guarnición de Tampico: "Las circunstancias eran favorables: si lograba la sorpresa que meditaba, la rendición de la plaza se efectuaría antes de que Barradas pudiese tener aviso y hacer una jornada de siete leguas, encontrándose, como consecuencia, en la necesidad de rendirse".⁵⁷

Santa Anna dispuso todo lo necesario para cruzar el río Pánuco y penetrar a Tampico sin ser visto. Por este lado la plaza no tenía fortificación.

En la noche del 20 de agosto, en canoas, botes y lanchas Santa Anna embarcó una división de 600 hombres de tropa escogida. A esto se agregó una línea de milicianos y dos escuadrones de corta fuerza, de los que pertenecían a Jalapa, Orizaba y Veracruz. Desembarcaron en el punto llamado El Espartal. Santa Anna distribuyó su fuerza en tres columnas, una al mando de él, otra al mando de Antonio Mejía y la otra bajo las órdenes del coronel Téllez.

Uno de los milicianos disparó antes de tiempo su fusil, haciendo que Miguel Salomón pusiera sobre las armas a sus soldados. Salomón mandó un mensaje a Barradas para que fuera.

Santa Anna penetró en las calles de Tampico con dos columnas paralelas. Comenzó entonces una dura lucha. A los mexicanos les disparaban desde los edificios y desde dos lanchas que flanqueaban las columnas de ataque. Hubo muchas bajas en los dos bandos.

Unas versiones dicen que Santa Anna, para hacer capitular a la guarnición, enarboló la bandera de parlamento. Su objetivo era que se rindieran antes de que llegara Barradas. Otras versiones dicen que la bandera del parlamento la presentó Miguel Salomón para hacer tiempo hasta que llegara Barradas. Lo cierto es que con

⁵⁷ *Ibid.*, p. 757

la bandera blanca se suspendió el fuego. Poco después se reunieron los jefes nombrados para arreglar los términos de la capitulación. Castrillón, ayudante de Santa Anna, capturó a un enviado de Barradas.⁵⁸

Castrillón, viendo que llegaba la expedición española, fue a donde estaba la reunión y dijo: "Señores, acaban de llegar dos mil hombres más".⁵⁹ Los comisionados españoles creyeron que se trataba de un refuerzo mexicano. Santa Anna trató de embarcar su tropa. Pero en esos momentos llegó Barradas, a quien ni Terán ni Garza habían podido molestar en el camino.

Barradas se entrevistó con Santa Anna y le dijo que podía irse libremente a su cuartel general "para entrar desde allí en contestaciones que evitaran el derramamiento de sangre".⁶⁰ El parte oficial de Santa Anna sobre esta entrevista dice lo siguiente:

Toda ella se redujo a pedirme que le dejara libre su cuartel general y me regresara al mío para entrar en contestaciones, pues su intención era evitar la desgracia de la guerra. Mi respuesta fue que no me estaba permitido entablar negociaciones de ninguna especie, como no fuera sentado por la base el reconocimiento de la independencia mexicana y la evacuación de su territorio por las tropas españolas. Mas fueron tan reiteradas las súplicas del general Barradas para que volviese a mi cuartel de Pueblo Viejo, que logré vender entonces como un favor singular lo que imperiosamente exigía mi situación comprometida, pues en caso contrario hubiera tenido que luchar con Barradas y los veteranos, y con 600 más que podían reunirse del destacamiento de la Barra, a la vez que ya he indicado a V.M. el corto número de los míos, cansados y fatigados en una lucha tan dilatada como espantosa.⁶¹

⁵⁸ *Ibid.*, p. 761.

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ *Ibid.*, p. 762.

⁶¹ *La Minerva Guanajuatense*, (Guanajuato), t. I, agosto-octubre de 1829, núm. 18, p. 8 (Colección Lafragua núm. 315)

Santa Anna cruzó con su tropa el río, dirigiéndose a Pueblo Viejo, donde tenía su cuartel general, pero siguió con la idea de apoderarse de Tampico.

Acto continuo de haber llegado a su cuartel, estableció en el sitio llamado El Humo, una batería de obuses: otras dos piezas de a doce se situaron en el sitio llamado Las Piedras y para cortar la comunicación entre Tampico y el fortín que los españoles habían construido en la barra, situó otra batería de cuatro cañones de grueso calibre, por consejo del inteligente general D. Manuel Mier y Terán, en la ranchería llamada Doña Cecilia, cuyas fortificaciones, lo mismo que todas, fueron dirigidas por el referido Terán.⁶²

Viendo Barradas que no era cierto que los mexicanos querían volver a la corona de España, pensó en una conferencia con Santa Anna. Los autores difieren mucho en cuanto a las intenciones de Barradas.

Posiblemente fue Eugenio de Aviraneta, que venía como secretario político de la expedición, quien aconsejó a Barradas solicitar la entrevista con Santa Anna. Barradas dirigió el 25 de agosto a Santa Anna una carta, solicitando entrevistarse en El Humo (fortificado por Santa Anna) donde solo iría acompañado por Aviraneta. Aviraneta enviaba una carta también.

Aviraneta y Santa Anna se habían conocido en Veracruz y es posible que los invasores hayan pensado en la posibilidad de seducir a Santa Anna políticamente para que se uniera a su causa. Aviraneta cuenta que Santa Anna había solicitado la entrevista con Barradas con el fin de unirse a sus filas, pero que antes de hacerlo quería conocer al general que mandaba la división española. Según Aviraneta, la entrevista se llevó a cabo, pero Santa Anna no quedó convencido, por lo que engañó al brigadier. Sin embargo, todos los testimonios y las cartas que existen apuntan a que la entrevista fue solicitada por Barradas a Santa Anna.⁶³ No podemos saber qué se proponía Barradas porque Santa Anna rehusó la entrevista.

⁶² *Ibid.*, p. 763.

⁶³ Salvador Méndez Reyes, *op. cit.*, pp. 88-89.

Santa Anna se negó diciendo que el gobierno se lo impedía (cosa que no era verdad porque él era el que tomaba las decisiones). Negada la entrevista, Santa Anna siguió fortificando los puntos cercanos a Tampico. Nombró segundo en jefe a Manuel Mier y Terán.

La batería de obuses, situada en El Humo, rompió fuego sobre Tampico. También la batería situada en Las Piedras rompió fuego.

Las dos baterías arrojaban proyectiles sin cesar, impidiendo a los españoles la navegación por el río, mientras en el reducto de Doña Cecilia (entre Fortín de la Barra y Tampico) bajo las órdenes de Mier y Terán, con cuatro cañones de viejo calibre y una fuerza de tropa de línea, se rompía la comunicación de las fuerzas expedicionarias de un punto a otro.⁶⁴

El 29 de agosto, el gobierno ascendía a Santa Anna a general de división.

Los españoles sólo pudieron ponerse a la defensiva. Estaban rodeados por todas partes de batallones perfectamente fortificados. Tenían escasos de víveres y debido a las lluvias de agosto, las enfermedades hacían mella en ellos. Pasaba de 900 el número de soldados enfermos, entre los que había sargentos y oficiales. Quedaban aproximadamente la mitad de los soldados que habían desembarcado.⁶⁵ El 8 de septiembre, cuando todo estaba listo para el ataque, Santa Anna pedía la rendición a Barradas con una nota "durísima y amenazante" en la que le daba 48 horas para rendirse.⁶⁶

Tuvo lugar una serie de intentos por parte de Miguel Salomón y Fulgencio Salas, enviados por Barradas, para hablar con Santa Anna sobre los términos de una posible capitulación. Los enviados españoles querían que Santa Anna garantizara por escrito la vida y propiedades de los españoles, pero Santa Anna sólo aceptaba que se rindiesen a discreción y se negaba a firmar garantía alguna.⁶⁷

⁶⁴ Zamacois, *op. cit.*, p. 769.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 770. En lo que se refiere a la dureza del clima, Zamacois cita a Zavala.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 774.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 779-781.

Los comisionados españoles que pensaron que la propuesta de Santa Anna era inadmisibles, volvieron a Tampico a defender la plaza; lo mismo hizo el coronel expedicionario Luis Vázquez en Fortín de la Barra, con una fuerza de 400 hombres. Los expedicionarios no tenían ningún buque.

En cuanto llegaron al cuartel general el coronel Salomón y el jefe del estado mayor Fulgencio Salas, se desató una tempestad tremenda. Las barracas de las fortificaciones mexicanas y las de Fortín de la Barra fueron arrasadas. El punto militar de Doña Cecilia se inundó. Se perdieron muchas municiones y Terán tuvo que llevar a los soldados a un bosque para evitar que se ahogaran. Los soldados españoles de Fortín tuvieron que irse a un monte cercano. El río Pánuco se desbordó.

Los soldados de los dos bandos volvieron a las fortificaciones como a la una de la tarde. Todo estaba lleno de fango.

Santa Anna salió de Pueblo Viejo y como a las cuatro pasó el río con 600 hombres de tropa de línea para reforzar a los 200 soldados que tenía Terán en Doña Cecilia. Querían atacar Fortín de la Barra. Santa Anna quería hacerlo de noche y Terán de día. Santa Anna fue apoyado por el coronel Nicolás Acosta, el capitán Francisco Tamariz y el teniente coronel polaco Carlos Beneski (que había desembarcado con Iturbide en 1824).

El general Santa Anna dispuso inmediatamente las tropas que habían de dar el asalto, compuestas del 3o. de línea, compañías de preferencia del 2o., 9o. y 5o., todo el 11 de línea y alguna fuerza de artillería, que eran los cuerpos más selectos del ejército mexicano. Formadas dos columnas de ataque se dio el mando de la principal al teniente coronel D. Pedro Lemus, que debía marchar a la izquierda, y el de la otra el comandante del batallón D. Domingo Andreis; dos compañías de cazadores que formaban las guerrillas de vanguardia, se pusieron, una bajo las órdenes del capitán D. Francisco Tamariz que debía avanzar por la derecha, a la orilla del río; y la otra, bajo el mando del coronel D. Nicolás Acosta; al

mando de otro jefe se pusieron dos lanchas armadas, cada una de un cañón, con su correspondiente dotación de artillería, que debía situarse en punto conveniente para lanzar sus proyectiles sobre El Fortín. Dispuesto el ataque en la forma referida, se emprendió la marcha entre diez y once de la noche.⁶⁸

Esta hora, según Zamacois, la da Manuel María Iturria, que mandaba la compañía de granaderos. Suárez y Navarro dice que el combate se inició a las 2:00 p.m.⁶⁹

El fortín de la Barra había sido construido por las fuerzas expedicionarias, para evitar un golpe de mano; y por lo mismo su construcción no era fuerte, pues aunque rodeado de foso, sus parapetos eran dos estacadas, dominando la segunda a la primera, y defendidas por 6 cañones de los que los españoles encontraron en Tampico, y por una fuerza de 400 hombres, bajo el mando del coronel D. Luis Vázquez, uno de los jefes más valientes de los que fueron a la expedición.⁷⁰

Los españoles siguieron a los mexicanos y les dispararon causando algunos estragos. Los mexicanos saltaron al foso y emprendieron a saltar la estacada. Se entabló un combate cuerpo a cuerpo con arma blanca. Los mexicanos dieron once ataques a la bayoneta. El cadete expedicionario Rafael Ramírez murió después de herir a un oficial mexicano. El coronel Luis Vázquez recibió dos balazos en la clavícula del hombro izquierdo. Barradas no podía mandar refuerzos porque el fuerte de Doña Cecilia, entre Tampico y El Fortín, lo impedía. Los mexicanos lograron tomar la primera estacada. En la segunda estaban replegados los españoles, desde donde lanzaban fuego a los mexicanos.

En medio de la torrencial lluvia el combate fue sangriento y desastroso para ambas partes. Los españoles se defendían con desesperación pues sabían que no

⁶⁸ *Ibid.*, p. 785.

⁶⁹ Suárez y Navarro, *op. cit.*, p. 158.

⁷⁰ Zamacois, *op. cit.*, p. 786.

tenían posibilidades de salvación, mientras que los mexicanos peleaban con gran ardor para aniquilar pronto al enemigo; el esfuerzo español ya era inútil.⁷¹

En el primer asalto murieron muchos mexicanos. Retrocedieron. Tuvo lugar otro intento en el que volvieron con más brío. Muchos oficiales mexicanos murieron: el coronel Nicolás Acosta, el comandante Domingo Andreis; los capitanes Gómez del Cid, Francisco Tamariz, Manuel María Quintero; los tenientes Francisco Mendoza, Matías Moreno e Ignacio Valdés, y el subteniente José Agüero. Además, había 287 soldados entre muertos y heridos.

Los mexicanos combatieron hasta las cuatro de la mañana del 11 y se retiraron al punto de Doña Cecilia para reorganizar columnas y volver con refuerzos. Entre los que querían repetir el asalto estaban los oficiales José Antonio Mejía, Pedro Landero, el ayudante de Santa Anna, Castrillón, Mellado, Coca, Franco y Carlos Beneski.⁷²

El mismo día 11 Santa Anna se dirigió a su cuartel de Pueblo Viejo. De ahí mandó 2,000 hombres a Doña Cecilia a Mier y Terán para emprender de nuevo el asalto al Fortín de la Barra. Un enviado de Luis Vázquez solicitó permiso para mandar a los heridos a Tampico. Mier prefirió que los llevaran lanchas y canoas a Pueblo Viejo para evitar la comunicación entre El Fortín y Tampico. Mientras se trasladaban los heridos, Isidro Barradas enarboló la bandera del parlamento, pensando que "no se le negaría una capitulación honrosa".⁷³

El general Santa Anna aceptó hablar con los parlamentarios españoles: el coronel José Miguel Salomón y el comandante y jefe del estado mayor Fulgencio Salas. Propusieron lo mismo que antes, y ahora sí se lo aceptaron (garantizar la vida y las propiedades de los expedicionarios y su honor militar). Para celebrar la capitulación, Santa Anna nombró al coronel Pedro Landero, al coronel de ingenieros José Ignacio Iberi y al coronel del 3o. de línea José Antonio Mejía. La capitulación fue ratificada a las 3:00 de la tarde del 11 de septiembre.

⁷¹ Arias, *op. cit.*, p. 195.

⁷² Zamacois *op. cit.*, p. 790.

⁷³ *Ibid.*, p. 791.

En ella se convino que las fuerzas españolas que defendían el Fortín de la Barra, lo evacuasen, saliendo los oficiales con sus espadas y las tropas con sus armas y tambor batiente a entregarlas a la división mexicana, lo mismo que las cajas de guerra al general Terán que ocupaba el punto de Doña Cecilia, conservando los oficiales sus espadas. La expresada fuerza del fortín continuaría su camino a Tampico, y a las seis de la mañana del día 12, toda la división expedicionaria que ocupaba la mencionada ciudad, saldría hacia Altamira de la misma manera que lo había hecho la guarnición de la Barra, al mando del general mexicano D. Manuel Mier y Terán, sin que la oficialidad fuese despojada de sus espadas. El ejército y la república mexicana garantizaban, de la manera más solemne, las vidas y propiedades particulares de los individuos de la división española; esta se trasladaría a la ciudad de Victoria, donde permanecería mientras llegasen buques para volver a La Habana, a cuyo punto se enviarían dos oficiales españoles para que solicitasen los transportes: la manutención de las tropas expedicionarias, mientras estuviesen en el país, sería de cuenta del jefe español, y lo mismo el transporte de ellas a la isla de Cuba; los enfermos y heridos, imposibilitados de marchar, quedarían en Tampico mientras se trasladaban al hospital del ejército mexicano, donde serían asistidos a costa de la división española: a esta se le franquearían los bagajes que necesitase para su traslación a los puntos indicados, pagando las cabalgaduras según los alquileres corrientes en el país, y lo mismo se verificaría respecto de los víveres. Por uno de los artículos adicionales se convino que si la fuerza de trescientos hombres que con el comandante D. Manuel de los Santos Guzmán fue arrojada a las costas de Nueva Orleans llegaba a las aguas mexicanas, se le hiciese saber que había sido

incluida en la capitulación, por lo cual debía volver a La Habana, sin desembarcar en territorio mexicano.⁷⁴

En una carta a Carlos María de Bustamante el general Manuel Mier y Terán a hace el siguiente comentario:

Tal vez nadie aprecia esta campaña por las circunstancias que más merece y es la de que las tropas enemigas se repuntan por más mejores (es cierto si la ventaja consiste en tener vestuarios) han sido muy inferiores en la destreza de los movimientos mexicanos. La capitulación se hizo cuando éramos tantos a tantos, con la diferencia de que cada destacamiento mexicano podía rechazar a toda la división española que en efecto estaba reunida.⁷⁵

Suárez y Navarro comenta: "¡Los soldados del ejército real trocaron en ruegos el tono y la arrogancia de que usaron al saltar en tierra! ¡Vinieron a reconquistarnos y fueron vencidos y desarmados! ¡La lección era de suyo tremenda!"⁷⁶

Barradas se fue con un oficial a Nueva Orleans para buscar buques que transportasen sus tropas a La Habana. Los soldados expedicionarios y la oficialidad se reembarcaron durante noviembre y diciembre. "La primera fuerza, compuesta de 649 hombres, salió el 9 de noviembre; otra de 487, el 16 del mismo mes; y la última, de 656, en los primeros días de diciembre en las fragatas de transporte Leónides y Eddmus, y el bergantín Noble, haciendo un total de 1,792 hombres"⁷⁷

Barradas no volvió ni a La Habana ni a España. Parece que murió en Bayona, Francia, triste y en la miseria. Otras versiones dicen que Barradas nunca se fue de México, y se quedó a vivir en el país con el nombre de Manuel Raigadas. Según esta versión, casó con Dolores Ledesma, con la que tuvo varios hijos, dos de

⁷⁴ *Ibid.*, p. 792-793.

⁷⁵ Manuel Mier y Terán, *Carta del general D. Manuel Mier y Terán al Lic. D. Carlos María de Bustamante relativa a la expedición española mandada por el brigadier Barradas, México, Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés, 1829, p.4 (Colección Lafragua núm. 894)*

⁷⁶ Suárez y Navarro, *op. cit.*, p. 160.

⁷⁷ Zamacois, *op. cit.*, p. 798.

los cuales se llamaban Crisanto y Luis. El 1 de abril de 1870, don Manuel Raigadas cayó gravemente enfermo y en su última agonía pidió hablar con el hacendado español Mateo de la Tijera. Tuvieron una larga conversación. Cuando Raigadas exhaló su último suspiro, De la Tijera, llorando, pero con solemnidad, señaló el cuerpo y dijo que ese era el cadáver de quien en vida fue don Isidro Barradas.⁷⁸

Fueron muchos los factores que determinaron el fracaso de este intento de reconquista: la falta de refuerzos de Cuba, los estragos que causó la fiebre amarilla entre los invasores y la determinación de las tropas mexicanas. Este fracaso no terminó con los planes de reconquista de Fernando VII, que planeaba una intervención de mayores proporciones. Sin embargo, la estabilidad del trono español se vio amenazada con las revueltas populares en París que derrocaron a Carlos X y colocaron a Luis Felipe de Orleáns en el trono. Esto provocó que Fernando VII desistiera de sus planes.⁷⁹

⁷⁸ Tomás Domínguez Illanes, "El fin del general Barradas", en *Divulgación histórica*, México. III, núm. 8, junio de 1942, p. 410-411.

⁷⁹ Salvador Méndez, *op.cit.*, pp. 77-78.

Capítulo III. Mariano Torrente y su *Historia de la revolución hispanoamericana*

Mariano Torrente y su *Historia de la revolución hispanoamericana*

Su vida. Mariano Torrente nació en Barbastro, Huesca, en el reino de Aragón, el 12 de octubre de 1792. Creció en un período en que España no escapaba a la conmoción mundial del momento. La independencia de las colonias inglesas en América y la Revolución Francesa —que no sólo terminaba con el sistema monárquico francés sino que preludiaba la caída de otras monarquías europeas— tuvieron como consecuencia importantes cambios en la mentalidad. Al cambiar los conceptos religiosos, políticos y morales, la burguesía fue encumbrada y dejó oír la voz que proclamaba la igualdad de todos los hombres. La burguesía y el pueblo se convirtieron en protagonistas de la historia que encontraban en la nobleza y el clero obstáculos para su progreso. A esto hay que añadir que Napoleón Bonaparte también influyó notablemente en el rumbo de los acontecimientos: transformó sistemas de gobierno, creó nuevas monarquías, estableció instituciones y modificó sistemas legislativos y judiciales.

En España, después del brillante reinado de Fernando VI y Carlos III, sobrevino la decadencia de Carlos IV. Torrente tenía 16 años cuando España sufrió la invasión napoleónica y sirvió a las fuerzas del vizconde de Airlincourt, intendente de los franceses en Aragón. Sin embargo, Torrente duró poco del lado invasor y, quizás contagiado por el espíritu independentista del pueblo, pasó al ejército angloespañol que se enfrentaba a Napoleón. Al concluir la guerra estuvo por un breve tiempo como cónsul de Civitavecchia, Italia. Este viaje le permitió conocer Suiza e Italia.

En la década de 1820 pasó al servicio del embajador de España en Londres, el duque de San Carlos. En aquel momento había gran interés en Londres entre algunos círculos por el mundo americano y se especulaba sobre el futuro de las colonias. Las obras de Tocqueville, Burke y otros autores se difundían con rapidez, lo mismo que las de Humboldt que hablaban de la sociedad y la economía de los países de Hispanoamérica.

Gracias al servicio que desempeñó con el embajador, Torrente pudo estar en

contacto con personajes tan importantes como Agustín de Iturbide, del que conoció bien su pensamiento y propósitos, información que comunicaba al embajador. El conocimiento sobre lo que sucedía en las colonias americanas le permitió redactar su *Historia de la revolución hispanoamericana*.

Torrente tuvo trato con Iturbide en 1823 y 1824. Según Torrente, Iturbide quería una expedición rápida, como la de Mina, o la posibilidad de negociar con España la colocación en el trono de México de uno de los infantes españoles, según establecían los tratados de Córdoba. El rey no aceptó ese proyecto, mismo que apoyaba decididamente Mariano Torrente, según cuenta éste en su obra.

La *Historia de la revolución hispanoamericana* estuvo lista a fines de 1829 y comenzó su impresión a fines de 1829. Esta obra seguía a su *Geografía universal*, publicada en 1827, que había comenzado a darle fama a su autor.

En 1830 Torrente regresó a España y fue nombrado intendente de Provincia; en 1834 marchó a Cuba, como administrador general de las rentas marítimas de la isla. Pasó seis años muy fructíferos en este lugar. Pudo plasmar sus observaciones de la situación económica y política de los bastiones del Imperio en varios escritos. A pesar de estar en Cuba nunca perdió de vista la situación en España, a donde regresó en 1840 y fue nominado diputado por Barbastro. Sin embargo, tres años después regresó a Cuba, donde permaneció hasta su muerte el 28 de julio de 1856.⁸⁰

Sobre la obra de don Mariano Torrente. Mariano Torrente escribió entre 1829-1830 su *Historia de la revolución hispanoamericana*,⁸¹ que ha sido considerada por muchos autores como justificatoria de la reconquista.

En su libro, Torrente hace un análisis sobre las calamidades que según él habían caído sobre los pueblos hispanoamericanos después de independizarse. Es un autor muy poco moderno que habla de la condición inferior de las castas, en las

⁸⁰ Ernesto de la Torre Villar, "Introducción" en Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispanoamericana*, Editorial Miguel Ángel Porrúa, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1988, (Biblioteca Mexicana de Escritores Políticos), pp. IX-XVII.

⁸¹ Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispanoamericana*, Madrid, Imprenta de D. León Amorita, 1829.

cuales:

No se ha borrado todavía este respetuoso recuerdo del trono español, ni desconocen la superioridad de los europeos, a los que han servido siempre con mayor gusto y fidelidad que los hijos del país.

Los ejércitos realistas se han compuesto en gran parte de estas castas, especialmente en Colombia y Alto Perú.⁸²

De los criollos se expresa como «hijos pródigos»⁸³ que disipan las riquezas acumuladas por sus antepasados en el vicio, y los previene sobre la única alternativa que les queda: "... o su reunión a la metrópoli o su dominación por las castas".⁸⁴

Es indudable que si el monarca español no presta una mano benéfica para que rompan aquellos pueblos las cadenas que les han impuesto por ahora los demagogos ilustrados, vendrán a ser presa de esa misma gente tosca, a la que han distraído de sus materiales ocupaciones, haciéndolos conocer su peligrosa importancia para que un día sean su mismo azote y exterminio. México ha empezado a sufrir ya los efectos de mi predicción.⁸⁵

En una visión muy paternal, hace mucho énfasis en el vínculo cultural entre España e Hispanoamérica, vínculo que vuelve débil el empeño de los jefes independentistas por hacerle creer al pueblo que los españoles son sus opresores, y no aquellos a los que se les debe la lengua, la religión, las construcciones, los nombres, la ciencia, las artes, las leyes, el gobierno, «el orden y la felicidad».⁸⁶

Más adelante nos comenta:

¿Cuál de las citadas clases ha tenido derecho para haber declarado la guerra al legítimo Soberano, al protector de la América? ¿Cuál de ellos reconocía por extranjero el mando del rey don Fernando

⁸² *Ibid.*, vol. I p. 52.

⁸³ *Ibid.*, p. 53.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 98.

⁸⁵ *Ibid.*

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 54-55.

VII? ¿Serían los indios de México, en quienes no pudo el cura Hidalgo excitar en el primer ardor de su revolución género alguno de entusiasmo hasta que tomó el nombre de dicho monarca haciéndoles creer que lo llevaba oculto en su coche, conduciéndolo en su vez lo que el pudor y la decencia no me permitan manifestar.⁸⁷

Después de hablar de la situación caótica, anárquica, fratricida del México pos independentista, nos dice, en un párrafo que nos muestra gran parte de la mentalidad del autor:

¡Quiera Dios que sean estos los últimos ensayos de los insensatos, que imbuidos en las superficiales ideas modernas, se han dejado arrebatar por la corriente de sus vicios; y que disfruten los estados de la paz y la felicidad que sólo es dada obedeciendo sumisamente a los legítimos soberanos, a quienes la Providencia ha confiado el dominio de los pueblos!⁸⁸

Torrente ya maneja en su libro la idea de que, debido a los problemas que había en México, la gran mayoría de los americanos querían volver a unirse a España, aun aquellos que en su momento apoyaron la Independencia.⁸⁹ Según él: «El mayor castigo que el Soberano español podía imponer a la América, sería abandonarla a su propia suerte».⁹⁰

Es de suponer que estas ideas sobre las posibilidades de reconquista de las posesiones americanas circulaban por lo menos entre algunos de los sectores de España. Sin duda los españoles que habían sido expulsados de México por los decretos de expulsión de 1827 y 1829 desempeñaron un papel fundamental para convencer a Fernando VII y a sus asesores de la factibilidad de la conquista. De ahí se explica por qué Barradas y sus expedicionarios llegaron creyendo que su empresa tendría éxito rápidamente. En esa época las comunicaciones no eran lo

⁸⁷ *Ibid.*, p. 66.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 287.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 101.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 102.

suficientemente buenas como para que en España se tuviera una visión completa del panorama en América.

La significación de la obra de Torrente radica, justamente, en representar a aquellos españoles que no sólo deseaban que las colonias volvieran al dominio español, sino que creían que era posible. Tenían una visión equivocada de la situación porque la información, proveniente en gran parte de los expulsos, era sumamente parcial. La obra está escrita para "demostrar" cuánto mejor estaban las colonias bajo dominio español y para justificar la reconquista. Si bien es cierto que la situación de ciertos países latinoamericanos era políticamente muy inestable y que se debatían en guerras intestinas, no era un deseo mayoritario volver al dominio español. Había algunos que querían un monarca europeo, pero conservando la independencia del país.

A la luz de nuestros días es muy difícil comprender que un historiador use argumentos racistas (castas) en la forma en que lo hace Torrente, pero responde a cierto tipo de mentalidad decimonónica. Otros autores, como Aviraneta, también hablan de planes de reconquista que se basarían en la participación de ciertas castas. No creo que pueda considerarse como una fuente importante para el estudio de la revolución de independencia en América. Es muy parcial, las fuentes que usó se adecuaban muy bien a los fines que defendía y constantemente hace referencia a Dios. Finalmente, el tiempo demostró que, a pesar de todos los problemas internos de las ex colonias, era posible la consolidación de naciones independientes.

CAPÍTULO IV: Los testigos

Eugenio de Aviraneta e Ibarгойen

Su vida. Es el único testimonio español de la invasión. Escribió un libro titulado *Mis memorias íntimas* en el que se ocupa de este acontecimiento. Es una obra que ha causado mucha polémica. Fue escrita con una intención política e historiadores posteriores, como Jaime Delgado; la han calificado de «tendenciosa y falsa»⁹¹, mientras otros más modernos como Harold Sims la consideran una obra rescatable porque a pesar de todos sus defectos proporciona explicaciones verosímiles de algunos sucesos que muchas veces no podrían explicarse sin su ayuda⁹². Aviraneta es uno de los pocos autores que se preocupan tanto de la conspiración como de los hechos militares de la invasión.

Eugenio de Aviraneta era ante todo el prototipo del aventurero decimonónico. No es gratuito que Pío Baroja haya escrito toda una serie de novelas sobre su vida. Sin embargo, poco se sabe acerca de ella. Nació en Madrid, el 13 de noviembre de 1792. Sus padres eran vascos.⁹³ Siendo joven se convirtió a la masonería y fundó "El Aventino", una sociedad secreta. En 1808 se unió a la partida del cura Merino para luchar contra los franceses. En 1817 fue denunciado ante la Inquisición por proferir palabras escandalosas. Militó a las órdenes del guerrillero Juan Martín "el Empecinado", lo que le ocasionó ser perseguido y caer en varias prisiones, "pues hablando de una *manta jerezana* con que obsequió aquí en México á un sirviente, afirma que estaba en buen estado a pesar de sus continuas peregrinaciones por algunas cárceles". Después, Aviraneta emigró a Burdeos, probablemente perseguido o con la finalidad de convertirse en comerciante. Al parecer llegó a América para arreglar un asunto testamentario de un deudo, o "buscando aventuras".⁹⁴ En 1826 residía en Veracruz.

Aviraneta partió a Nueva Orleans en 1827 junto con el padre Bringas y algunos españoles adinerados, donde comenzó a planear la reconquista con

⁹¹ Jaime Delgado, *España y México en el siglo XIX*, prólogo de C. Pérez Bustamante, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, vol. I, pp. 434-444.

⁹² Harold Sims, *La reconquista de México...*, p. 65

⁹³ Méndez reyes, *op. cit.*, p. 127

⁹⁴ Prólogo de Luis González Obregón a *Mis memorias íntimas*, p. XII, *apud*, Salvador Méndez Reyes *op. cit.*, p. 23

algunos comerciantes peninsulares afincados ahí y otros de Nueva York, como Peter Harmony. El plan del padre Bringas incluía fomentar la discordia entre los generales indios y mestizos contra los criollos, lo que sugiere el esquema del conflicto yorkino-escocés, con una probabilidad mínima de que los yorkinos apoyaran la causa de la reconquista.

El primer plan de Aviraneta, que fue turnado a Vives, proponía traer a un príncipe español al trono mexicano. Aviraneta pensaba que un ejército de 25,000 hombres, dirigidos por un príncipe español acompañado por frailes expulsados, podría retomar la ciudad de México. Vives no envió este plan a España pues sabía que no eran bien vistas las soluciones separatistas.

Aviraneta continuaba con otro plan y tenía varios contactos en Veracruz. La revuelta de la Acordada demostró que la idea de la hostilidad entre las ex castas y los criollos era válida. Aviraneta quería que la invasión comenzara con la toma de San Juan de Ulúa. Los exiliados, mientras tanto, aseguraban a Fernando VII que la reconquista era posible con una fuerza expedicionaria de 15,000 hombres, con el apoyo de una fuerza de reserva de 6,000 y otra división con base en Cuba. Según esto, la campaña no duraría más de seis meses.

El plan de atacar San Juan de Ulúa fue abandonado debido a la resistencia de Laborde. Además, el contraespionaje mexicano interceptó las cartas de Aviraneta y Montiel, uno de sus agentes en Veracruz.⁹⁵

Por su parte, los españoles expulsos continuaban haciendo labor con Fernando VII y a fines de enero de 1829 solicitaban una invasión que restaurara "la tranquilidad" a los mexicanos".⁹⁶ Además, con el objeto de impulsar la causa española, comenzó a publicarse en Nueva Orleans el periódico *El Español*, que atacaba a los periódicos mexicanos durante los meses que precedieron a la invasión. Los directores querían la instauración de una monarquía constitucional. En España, por su parte, se publicaba la obra de Mariano Torrente.⁹⁷

⁹⁵ Harold Sims, *La reconquista.....*, pp. 65-67.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 69.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 70.

Barradas llegó a Cuba procedente de Madrid el 2 de junio de 1829. Llevaba el orden de invasión que le había sido comunicada. Aviraneta dice que el plan fue debatido acaloradamente en un consejo de guerra que convocó el gobernador de La Habana y la inclinación general era "obedecer pero no cumplir". Aviraneta y Vives apoyaban esta posición, en tanto Barradas tenía el apoyo del intendente Pinillos y el almirante Laborde.⁹⁸ Finalmente se realizó la expedición, en la que venía Aviraneta.

Después de esta aventura, Aviraneta vivió un tiempo en La Habana. En 1831 estuvo en el sur de Francia, de donde pasó a España. En 1833-1834 organizó la Sociedad Isabelina, de corte radical. A esta sociedad se le señalaba por haber provocado una matanza de frailes. Los isabelinos intentaron una rebelión, que fracasó; Aviraneta fue a prisión. En 1835 fue liberado y enviado a Barcelona. En esta ciudad fue acusado de estar involucrado en la matanza de prisioneros carlistas y fue deportado a Las Canarias. Aquí comenzó a tomar posturas políticas más moderadas. Después participó en los movimientos revolucionarios andaluces. Entre 1837 y 1839 se dedicó a intrigar para que los dos bandos carlistas se destruyeran entre sí.⁹⁹ En el prólogo de *Mis memorias íntimas* hay una carta de Gabriel Sánchez a Luis García Pimentel en la que se dice que murió en posición desahogada. Sin embargo, un pariente de Aviraneta llamado Luis de Larroder afirma que murió casi pobre en 1872, en compañía de su esposa Josefina Esparamont y su perro Prim.¹⁰⁰

Mis memorias íntimas. En 1906 fue publicada póstumamente la obra *Mis memorias íntimas*, en la que Aviraneta relata sus actividades en México, Nueva Orleans y La Habana. La obra, que abarca un período de cuatro años (1825-1829), fue editada por Luis García Pimentel, hijo del famoso historiador Joaquín García Icazbalceta.¹⁰¹

⁹⁸ *Ibid.*, p. 71.

⁹⁹ Méndez Reyes, *op. cit.*, pp. 127-140.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 27.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 24.

Aviraneta escribió sus memorias como si hubiera previsto todo lo que iba a suceder con la expedición. Según él, al enterarse del asunto pensó... «que si era cierto la expedición, se había necesariamente sorprendido el ánimo de S.M., y que las consecuencias serían una vergonzosa derrota y el mayor baldón de España”.¹⁰²

La figura de Barradas ha dado lugar a ciertas discusiones. Aviraneta pertenece al grupo de los que tienen una opinión negativa del brigadier: “...tenemos expedición, malo, la va a mandar Barradas, remalo. Hice esta reflexión para mí mismo, por los antecedentes que tenía suministrados por militares instruidos y que le conocían a fondo, y les constaba su completa maldad.”¹⁰³

Según Aviraneta, aceptó ir a la expedición después de varias propuestas por parte de Barradas, que quería nombrarlo “ministro de hacienda militar y secretario político de la expedición, con un buen sueldo”. A pesar de haber estado involucrado antes en planes de reconquista y de haber demostrado su espíritu aventurero, según él su respuesta inicial fue: “Me es imposible complacer a V. porque tengo con qué vivir aquí, y no deseo meterme en temerarias empresas”.¹⁰⁴ Cuenta que Barradas días después amenazó con embarcarlo a España “bajo partida de registro”, por lo que él se dirigió a Vives, comunicándole su decisión de irse a refugiarse a un barco americano para irse a los Estados Unidos. Aunque Vives lo tranquilizó, unos días después le pidió a Aviraneta que fuera a la expedición puesto que Barradas había mandado un oficio en el que haría responsable al gobierno si no iba Aviraneta, dado que necesitaba de sus “luces por los conocimientos que tenía del país y de las comisiones que había desempeñado en la proyectada expedición de San Juan de Ulúa”. Vives le dijo: “...no sólo le pido que vaya, sino le suplico que se presente a él y que le ayude en un todo para el mejor éxito de la expedición”.¹⁰⁵

¹⁰² Eugenio de Aviraneta e Ibarгойen, *Mis memorias íntimas 1825-1829*, publicado por Luis García Pimentel, prólogo de Luis González Obregón, México, Moderna Librería Religiosa de José L. Vallejo, 1906 (Documentos Históricos de México), p. 161.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 161.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 165.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 167.

El egocentrismo del autor sobresale a todo lo largo de la obra. Declara que anticipaba el fracaso de la expedición y que tuvo esta conversación con Barradas:

Antes de todo, le dije, tengo necesidad de preguntar con qué elementos cuenta V. en el Reyno de Méjico, con qué cuerpos, corporaciones e individuos en general y particular." "Con nadie", fue su respuesta. "No cuento más que con mi persona y el valor y disciplina de tres mil soldados escogidos de la guarnición." Cómo, ¿no cuenta V. con ningún elemento que coopere al tiempo que salta en tierra? Viene V. engañado. Las tropas y V. van a ser sacrificados en cuanto pisen tierra de Méjico. Por cuanto hay de más sagrado, aconsejo a V. que no emprenda semejante expedición." "Pues españoles acaudalados en La Habana y aun en Madrid, conocedores del Estado de México, me han asegurado que en cuanto desembarque en aquellas plazas, la mayoría de las tropas y el pueblo movido por el clero se pasarán a las banderas del Rey." "Los que tal han asegurado á V. le han mentido; son malos españoles, cuando no sean inspirados por los mismos insurgentes.¹⁰⁶

Más adelante explica que como en un principio se había rehusado a ir a la expedición, ya no pudo ir como ministro de hacienda militar puesto que en ese cargo nombraron a Andrés Cardenal. Tuvo que contentarse, entonces, con ser secretario político.¹⁰⁷

Ya en el camino, Aviraneta cuenta que él quería cambiar el destino de la expedición a Yucatán en lugar de Tampico, puesto que "es el punto más malsano de toda la costa ahora que van a principiar las aguas, que ataca á los europeos la fiebre amarilla y las calenturas estacionales". Al parecer, el padre Bringas estaba de acuerdo con el cambio, pero los demás, entre los que estaban Barradas y Laborde,

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 168.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 170.

lo rechazaron porque se tenía que cumplir con el punto de desembarco fijado desde La Habana.¹⁰⁸

Más adelante, ya en México, habla sobre el intento de Barradas por lograr que Felipe de la Garza se pasara al bando español, ofrecimiento que rehusó, y se queja de que Barradas no lo hubiera consultado. Como secretario político, probablemente una de las misiones de Aviraneta era atraer a su bando a los generales mexicanos. Cuenta que Barradas fue quien se empeñó en que Laborde regresara a Cuba, a pesar de que Aviraneta y un coronel le pidieron a Barradas que impidiera la partida. Según Aviraneta, Barradas contestó que "Cortés quemó sus naves".¹⁰⁹

Al partir Barradas a Altamira, quedó a cargo el coronel Salmón (así lo llama Aviraneta. En realidad era Salomón), con la recomendación de seguir los consejos del conspirador. Aviraneta afirma que él preparó la defensa cuando se enteró de que Santa Anna se acercaba y mandó a buscar a Barradas, porque Salmón, con noventa años de edad, siempre estaba en cama. Para quitarse cualquier responsabilidad, afirma que Salmón izó la bandera blanca durante el ataque de las fuerzas de Santa Ana sin consultarlo con él. Aviraneta aconsejó decirle a Santa Anna que lo que se pretendía era recoger heridos, mas no capitular. Esto serviría para hacer tiempo mientras llegaba Barradas. Aviraneta cuenta que se reunieron él y Salmón con Santa Anna y su estado mayor en casa del cónsul inglés. Cuando Aviraneta informó a Santa Anna que no iban a capitular, éste regresó con su tropa. Aviraneta aconsejó entonces a Barradas capturar a Santa Anna, pero en una entrevista que tuvieron Barradas y el jefe mexicano en el consulado de Francia, en virtud del cese de las hostilidades, Barradas permitió a la tropa mexicana cruzar el río y volver a sus posiciones. Esto desanimó mucho a los expedicionarios españoles.

¹⁰⁸ *Ibid.*, pp. 175-176.

¹⁰⁹ Méndez Reyes, *op.cit.*, p.104.

Más adelante Aviraneta relata que el padre Bringas y dos oficiales sugirieron seguir en todo los consejos de Aviraneta porque "era la persona más entendida que había venido en la división". Entre los españoles, cada vez había más enfermos y la tropa estaba muy desanimada. Aviraneta narra el ataque de la tropa mexicana contra las fuerzas españolas que estaban en la barra de Tampico y elogia el comportamiento de ambos bandos. Después, comienza a relatar la forma en que van a resolver el problema de la alimentación para los expedicionarios, y súbitamente termina *Mis memorias íntimas*.¹¹⁰

La obra de Aviraneta es una obra muy parcial. Pretende justificar su estancia en América y el intento de reconquista de Barradas. Siempre se pone a sí mismo como protagonista principal de la narración, dándose una importancia que no tuvo. Tiene la innegable vitalidad de ser un narrador testigo, pero se pinta como un visionario que no fue. Según sus memorias, él se anticipaba a los acontecimientos, aconsejaba sobre las decisiones más importantes, como si su participación en los hechos hubiera sido clave. No intenta hacer una obra de historia ni parece tener una visión clara de la misma. No es una obra escrita con un método claro o con un sentido crítico; es un libro de memorias que responde a sus intereses personales.

Los historiadores hoy en día toman este tipo de obras como fuentes porque ayudan a comprender y explicar ciertos hechos, pero lo hacen siempre con mucha reserva. En el caso de un análisis del intento de reconquista de Barradas, las memorias de Aviraneta son un documento indispensable puesto que es el único testimonio que ha quedado por parte de los invasores.

¹¹⁰ *Ibid.*, pp. 104-105.

Manuel María Escobar

Su vida. Manuel María Escobar y Rivera nació en Quetzaltenango (capitanía general de Guatemala) el 1 de enero de 1807. Al cumplir catorce años fue enviado a Puebla de los Ángeles a vivir con su tío, Luis Escobar, sobrino del obispo Diego Osorio de Escobar. Llegó a ser "soldado distinguido" en el regimiento de Dragones de Atlixco. Entró a la ciudad de México con el Ejército Trigarante.

Al proclamarse el Plan de Jalapa y al tener lugar el Motín de la Acordada, se encontraba con las fuerzas de Santa Anna, al que siguió a Oaxaca. Estuvo en todas las acciones que se libraron y fue ascendido a alférez. Con ese grado participó contra la invasión de Barradas en el 12o. regimiento, en las acciones del 21 de agosto y del 11 de septiembre. De Tampico fue a Jalapa y después pasó como teniente a la comandancia de Puebla, donde fue promovido a Cuautla hasta 1836. Más tarde se fue a Tabasco, estado en el que fue gobernador. Participó en la "guerra de los pasteles" en 1839 y contra la intervención norteamericana en 1847. Fue gobernador de Tabasco de junio de 1853 a agosto de 1855. Durante el Imperio fue prefecto imperial de Tlalnepantla. También fue prefecto de la ciudad de Querétaro. El 15 de mayo de 1867, al caer Querétaro en manos de las fuerza republicanas, Escobar fue el primer general que cayó preso. Pasó seis años en prisión en Veracruz. Falleció el 3 de mayo de 1891, en Campeche¹¹¹.

Su obra. En 1959 se publicó el artículo "Campaña de Tampico de Tamaulipas, 1829" en *Historia Mexicana*. El artículo forma parte de sus apuntes inéditos y está fechado en noviembre de 1874.

Es un relato anecdótico que no profundiza en causas ni consecuencias. Por ejemplo, cita el caso de Pedro González de Peñalba, español que, habiendo vivido en Jalapa, se fue a la corte de Fernando VII y a través del cocinero regio logró entrevistarse con el monarca para pedirle que organizara una expedición; o relata

¹¹¹ Ramón Escobar Tabera, "Don Manuel María Escobar y su Campaña de Tampico, en *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, vol. IX, núm.1, julio-septiembre, 1959, pp. 35-43.

cómo el sargento San Martín conoció a una negra de nombre Hasitorafia, oriunda de los montes Abisinios en Egipto, y se casó con ella.

La intención principal del autor es exaltar la figura de Santa Anna. Según él, no está de acuerdo ni con Zavala ni con Suárez y Navarro, aunque para narrar el final de la capitulación se basa textualmente en Suárez y Navarro. Hace alusión a un escritor español que quiso desacreditar la figura de Santa Anna, pero no dice quién es. Al respecto dice:

Hemos leído el "Ensayo histórico" de Zavala y también lo que ha escrito y dado a luz con la ciencia de los sucesos don Juan Suárez y Navarro en su "Historia de México", y visto en ambos trabajos que no hubo, al escribir relativamente a la cuestión de Tampico, toda la exactitud que sería de desear, y de que sólo debe encargarse, por una casualidad, un testigo presencial que estuvo allá sobre el teatro de los sucesos con la espada en la mano y que sobrevive aún a aquel hermoso acontecimiento, que las malas pasiones han pretendido borrar del catálogo de los hechos gloriosos que deben enorgullecernos, por ser el que cerrará para siempre las puertas del encantador México a las eternas aspiraciones del gobierno español.¹¹²

Escobar tiene muy mal concepto de Felipe de la Garza. Responsabiliza a "su torpeza" de haber permitido al enemigo internarse; le atribuye la derrota de Los Corchos y lo culpa de que los españoles hayan logrado pasar el Río Pánuco.¹¹³

Cuenta algunas anécdotas que no aparecen en otros historiadores, como el suicidio del capitán Hernández, quien se precipitó antes de entregar las armas a los invasores.¹¹⁴ Es el único relato que hace referencia a la población de la zona:

Los habitantes pacíficos del aquel rumbo, por ejemplo, los ancianos, las mujeres y los niños, cantando el himno de la Patria se habían internado á los bosques llevándose parte de su ganado de

¹¹² Manuel María Escobar, "Campana de Tampico Tamaulipas año de 1829", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. IX, núm.1, julio-septiembre, 1959, p. 55.

¹¹³ *Ibid.*, p. 45.

campo y hasta sus animales domésticos porque todos los hombres útiles y denodados patriotas de la comarca invadida se hallaban ahí próximos con las armas en la mano.¹¹⁵

Relatos de esta naturaleza dan a este artículo una frescura y una vitalidad singular. Hay una parte en la que hace referencia a un ingenioso episodio de la invasión: cuando Santa Anna y Barradas se estaban entrevistando, el coronel D. José Antonio Mejía le entregó a Santa Anna un oficio del general Ibarri avisándole que acababan de llegar veinte mil hombres procedentes de México. Esto era mentira. Era un ardid inventado por Santa Anna para impresionar a Barradas. Escobar defiende la actitud de Santa Anna y comenta:

...no fue más que un ardid de situación, como todos los ardidés del caso en los lances de la guerra; no creyendo por esto lastimada la susceptibilidad española, como lo tiene acreditado cierto escritor peninsular de quien nos encargaremos luego, que calificó el hecho de bastarda e infame intriga, cuando la historia militar del mundo está llena de esta clase de incidentes, que sin calentarnos y echarnos a buscar alguno del cúmulo de ellos que existen en la historia, lo narramos aquí, por ejemplo, el de Lonato en Italia, en que fingiendo el general Bonaparte, sorprendido ahí casualmente por 4 mil austriacos, que en Lonato se encontraba el ejército francés, cuando no era así, sino que habiendo ido a aquel punto el futuro dueño del orbe a visitar 600 enfermos que le pertenecían, acompañado solamente de su estado mayor, su presencia sola bastara para que, reconocido por el general enemigo que acudía a imponer la rendición, la columna austriaca tuviese al fin que rendirse a disposición del "*Petit Caporal*".¹¹⁶

¹¹⁴ *Ibid.*, pp. 45-46.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 46.

¹¹⁶ *Ibid.*, pp. 68-69.

Cuenta que la situación era desesperada, pero que el anhelo independentista estaba muy arraigado entre la población, que incluso era capaz de regalarle a Barradas un caballo con el único fin de reconocerlo para matarlo más tarde.¹¹⁷

Escobar asegura que Terán llegó a Altamira el 19 de agosto y dice que es falso que Santa Anna se haya presentado después, y le arrebatara a Terán el mando de la campaña, como han afirmado algunas personas "mal intencionadas".¹¹⁸

Escobar es de los que opinan que el enemigo hacía todo lo posible por ganar tiempo y que por esto Santa Anna lo instigaba para que combatiera o para que se rindiese.

Barradas mandó una carta con el General Salomón (en realidad era coronel) en la que pedía o "una transacción con honor o los efectos de que es capaz una división de valientes que dista mucho de llegar al estado en que usted la supone, y que prefiere sobre todo sus virtudes militares".¹¹⁹ El veterano militar manifiesta que la invasión había tenido lugar gracias a la incitación que los españoles expulsos habían hecho a Fernando VII, pensando que había un considerable número de borbonistas en el país, y que al pensar que tendrían una buena acogida, su majestad había mandado muy pocas fuerzas en la expedición. Solicitaba que dejaran retirar al invasor sin novedad.¹²⁰ Salomón y Santa Anna no llegaron a ningún acuerdo.

Como hemos dicho, el final lo toma Escobar textualmente de la obra de Suárez y Navarro. Este artículo es importante porque lo escribe un testigo de los hechos y lo hace para corregir supuestos errores que ha encontrado en otros autores. No sólo es una memoria, como en el caso de Aviraneta, aunque tampoco es un historiador que siga una metodología determinada. Usa muy pocas fuentes. No profundiza en las causas y se centra mucho en cuestiones anecdóticas, incluso ajenas a la invasión, para hacer comparaciones, siempre de índole militar. Esto es

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 69.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 74.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 77.

¹²⁰ *Ibid.*

lógico, tratándose de un militar, como lo era Escobar. Aunque Escobar era santanista y escribió sobre todo para defender a Santa Anna, también ofrece sus puntos de vista. Sobre todo, dejó una narración fresca, vital, con relatos únicos de algunos personajes del pueblo y de los habitantes de la zona, que le dan un interés especial y los distinguen de los otros autores que escribieron sobre el episodio. La vida cotidiana de la gente y sus reacciones ante hechos tan importantes como una invasión también forman parte de la historia.

**CAPÍTULO V: Historiadores del siglo XIX
contemporáneos a la invasión**

Lucas Alamán

Su vida. Lucas Alamán nació en Guanajuato, Guanajuato, el 18 de octubre de 1792. Su padre murió cuando tenía quince años. Uno de los acontecimientos que marcaron su vida fue la entrada de Miguel Hidalgo a Guanajuato. Los bienes de su familia se salvaron gracias a la amistad de su madre con Hidalgo. Se trasladó a la Ciudad de México con su madre, donde estudió mineralogía, química y botánica en el Real Seminario de Minería y en el Jardín Botánico. En 1814 viajó a Europa, donde perfeccionó sus estudios de ciencias naturales e idiomas. A su regreso a México el virrey Apodaca lo nombró secretario de la Junta de Sanidad en 1820. Al año siguiente fue diputado a Cortes en Madrid. Redactó con Mariano Michelena una propuesta de autonomía para los pueblos americanos. En 1823 contrajo matrimonio y ocupó el puesto de ministro de Relaciones Interiores y Exteriores del gobierno provisional. Continuó en ese puesto durante el gobierno de Guadalupe Victoria: logró que Inglaterra reconociera la independencia de México y procuró que España hiciera lo mismo. Reorganizó el Archivo General de la Nación y el Museo de Historia Natural. En 1825 dejó el puesto de ministro de Relaciones porque tuvo algunas diferencias con Miguel Ramos Arizpe, ministro de Justicia. Se dedicó entonces a la minería y a la industria. Volvió al Ministerio de Relaciones Exteriores en el gobierno de Anastasio Bustamante (1839-1832). En este período tuvo una gran influencia: se preocupó por fijar los límites con los Estados Unidos, reglamentó la colonización de Texas, fundó el Banco del Avío y fomentó la creación de la industria nacional. Después de la renuncia de Bustamante, fue acusado de ser el autor intelectual del fusilamiento de Guerrero, pero en 1834 fue absuelto de los cargos. Se dedicó por un tiempo a la industria, con unas fábricas de tejidos con las que no tuvo éxito. En 1839, Nicolás Bravo, presidente por ausencia de Santa Anna, lo nombró director de la Junta de Industria. En 1844 comenzó a publicar sus *Disertaciones* y en 1846 se hizo cargo de la dirección de *El Tiempo*, que defendía el monarquismo. En 1849 comenzó a publicar su *Historia de México*. También organizó el Partido Conservador y su órgano difusor, *El Universal*. Ganó

las elecciones municipales de la ciudad de México y, aunque realizó importantes mejoras, renunció por presiones políticas. En 1851 fue elegido diputado y, al año siguiente, senador. Al caer el presidente Mariano Arista, tanto conservadores como liberales pidieron a Santa Anna que volviera al poder. En el último gobierno de Santa Anna, Alamán fue nombrado otra vez ministro de relaciones exteriores en 1853, pero falleció el 2 de junio de ese año a causa de una afección pulmonar.¹²¹

Su obra. Entre sus obras destacan *Disertaciones sobre la Historia de la república Mexicana (1844-1849)* y su *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente (1849-1852)*.¹²² Esta es un gran alegato contra el *Cuadro histórico* de Carlos María de Bustamante.¹²³ Alamán tiene todo un concepto de la historia, a la que considera hecha por grandes acontecimientos y grandes hombres. Da una gran importancia a la interpretación de los hechos para poder usarlos como guía. Considera que hay que ir más allá de la erudición.¹²⁴ En esta obra Alamán hace referencia a la invasión. Dice: "La noticia de tantos desórdenes y violencias hizo concebir a Fernando VII la esperanza de restablecer á la sombra de ellos su dominación..."¹²⁵ Después habla de los poderes extraordinarios que el Congreso le otorgó a Guerrero, con la única restricción de no poder disponer de la vida de los mexicanos, ni expulsarlos del país. Al respecto comenta: "Aunque el uso que Guerrero hizo de estas facultades fuese, en muchos casos, tan ajeno del objeto con que se le dieron que pudo llamarse extravagante, en lo general fue más bien benéfico que opresivo, y entre otras cosas alzó en virtud de ellas el destierro y restituyó el empleo a los expulsos por el plan de Montañón..."¹²⁶

Alamán hace mucho hincapié en los abusos y vejaciones de que fueron objeto los españoles durante el período de facultades extraordinarias de Guerrero:

¹²¹ Enrique Plascencia de la Parra, "Lucas Alamán", en *El surgimiento de la historiografía nacional*, Virginia Guedea (coord.) México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997 (*Historiografía Mexicana*, vol. III), pp. 307-309.

¹²² *Diccionario Porrúa. Historia, biografía y geografía de México*, México, Editorial Porrúa, vol. 1, pp. 79-80.

¹²³ Plascencia de la Parra, *op.cit.*, p. 329.

¹²⁴ *Ibid.*

¹²⁵ Lucas Alamán, *Historia de México*, México, Editorial Jus, t. 5, p. 531.

¹²⁶ *Ibid.*

...más respecto a los españoles, contra quienes toda violencia se tenía permitida, mandó que á todos los que se había hecho salir del país, se les ocupase la mitad de las rentas que en él tuviesen, y como los congresos y los gobernadores de los estados no se quedaban nunca atrás en este género de vejaciones, ó más bien daban el ejemplo de ellas, en muchos se mandaron ocupar no sólo las rentas de los españoles ausentes, sino también las de los que habían logrado quedarse, en virtud de excepciones compradas algunas a caro precio.¹²⁷

Después cuenta que al parecer el gobernador de Cuba, Vives, quería sacrificar a Barradas, sin medios de retirada ni modo de mandar un aviso. Por esta razón tuvo que rendirse a los generales Santa Anna y Terán, que habían acudido al lugar de la invasión sin instrucciones del gobierno, razón por la que recibieron las fajas de generales de división de las que habían sido despojados Pedro Celestino Negrete y José Antonio Echávarri.¹²⁸ Finalmente relata que en Jalapa se había creado un cuerpo de reserva a las órdenes del general Bustamante, previendo que podía llegar una expedición mayor. Bustamante, que era presidente, se levantó en armas contra el gobierno, buscando la destitución de Guerrero y un cambio del partido en el poder. Estos eran los ideales del Plan de Jalapa.¹²⁹ Alamán no hace más referencia a la invasión.

Probablemente la falta de interés de Alamán en este episodio se debe, en parte, a que escribió su *Historia* cuando España ya había reconocido la independencia. Alamán, que tenía una tendencia claramente hispanista, no quiso profundizar en este capítulo. Consideraba la independencia como uno de los grandes episodios de la historia de México y pensaba que los pueblos, al llegar a cierta madurez, tenían derecho a la emancipación.

¹²⁷ *Ibid.*

¹²⁸ *Ibid.*, p. 532.

¹²⁹ *Ibid.*

Lorenzo de Zavala

Su vida. Manuel Lorenzo de Zavala y Sáez nació en Yucatán el 3 de octubre de 1788. A los 18 años había concluido sus estudios en el Seminario Conciliar de San Ildefonso, donde estudió filosofía con el profesor Pablo Moreno. Por falta de recursos para continuar su preparación formalmente, estudió por su cuenta francés y ciencias políticas, además de leer autores prohibidos por la Inquisición.¹³⁰ Se dedicó a la agricultura y al comercio durante un tiempo. Perteneció a la Junta de San Juan, con la que Yucatán contribuyó a la independencia. De ideas radicales, fundó el primer periódico de Yucatán. En 1814 fue a dar a la prisión de San Juan de Ulúa, en la que estuvo tres años. Durante su estancia en esta prisión aprendió medicina e inglés. En 1820 regresó a Yucatán y fue elegido Diputado a las Cortes Españolas. De regreso, en 1822, fue diputado en el primer Congreso Nacional.¹³¹ Defendió sus ideas federalistas en el *Águila Mexicana*. Firmó como presidente del Congreso Constituyente la Constitución de 1824. Tomó parte activa en las logias yorkinas. En 1827 comenzó su gestión como gobernador del Estado de México. Participó en el Motín de la Acordada, con el que llegó Vicente Guerrero al poder. Del 18 de abril al 2 de noviembre de 1829 fue ministro de Hacienda. En noviembre de 1830 fue comisionado, sin éxito, para apaciguar a los centralistas de Yucatán. No pudo desembarcar y continuó su viaje hacia los Estados Unidos. En 1830 visitó Inglaterra, Escocia, Bélgica, Holanda y Alemania, entre otros países de Europa.

En 1832 volvió a México al puesto de gobernador del Estado de México. En 1833 fue elegido por sexta vez diputado al Congreso Nacional. En 1833 fue enviado a Francia como ministro plenipotenciario. De regreso a México se estableció en Texas, donde estaba cuando los texanos se rebelaron contra el centralismo. Fue diputado por el distrito de Harrisbourg a la Convención de Austin, en noviembre de 1835, y después a la de Washington, que en marzo de 1836 declaró la

¹³⁰ Teresa Lozano Armendares, "Lorenzo de Zavala", en *El surgimiento de la historiografía nacional*, Virginia Guedea (coord.) México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, (Historiografía Mexicana vol. III), p. 213.

¹³¹ *Diccionario Porrúa. Historia, biografía y geografía de México*, México, Editorial Porrúa, vol. 4, pp. 3848-3849.

independencia de Texas. Al decidirse por Texas, perdió su nacionalidad mexicana y fue vicepresidente de la nueva república de Texas. Falleció en 1836.¹³²

Su obra. El primer tomo del *Ensayo sobre las revoluciones de México* fue publicado en París en 1831 en la imprenta P. Dupont e G. Laguionie; el segundo volumen apareció en Nueva York en 1832, por la prensa Elliot y Palmer. En México se publicó una segunda edición en 1845. En 1918 salió otra edición publicada por la Oficina Impresora de Hacienda, con prólogo de Alfonso Toro. Y en 1950, una edición de divulgación en tres volúmenes. La edición más accesible a la fecha es la de editorial Porrúa, con prólogo, ordenación y notas de Manuel González Ramírez. Es de 1969.

Según Zavala, escribió la obra por la ignorancia que había en Europa sobre los acontecimientos en México. En realidad, tenía también el fin de justificar algunas de sus acciones políticas, como su participación en el Motín de la Acordada.¹³³ En el prólogo, Zavala explica que le pareció necesario escribir su *Ensayo...* porque lo que había salido a la luz estaba lleno de errores. Hace alusión, específicamente, a la obra de Carlos María de Bustamante y a la de Mariano Torrente. Sobre este autor afirma que su *Historia de la revolución hispanoamericana* fue escrita por órdenes de Fernando VII para preparar la expedición de Barradas.

134

En lo que se refiere a esta expedición, trata de las dificultades por las que atravesaba el gobierno de Guerrero en el momento de recibir la noticia. Según Zavala, muchos oficiales que habían ascendido de grado en alguna revolución anterior no veían con buenos ojos un gobierno tan popular. Además, los puestos públicos no eran suficientes para todos los que aspiraban a algún cargo. Los opositores descontentos, calumniaban constantemente al gobierno. "Su impudencia llegaba hasta negar el desembarco de los enemigos en las costas,

¹³² *Ibid.*

¹³³ Manuel González Ramírez, nota previa a Lorenzo de Zavala, en *Ensayo crítico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, México, Editorial Porrúa, 1969, (Biblioteca Porrúa 31), pp. XIX y XX.

¹³⁴ Lorenzo de Zavala, *Ensayo de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, prólogo, ordenación y notas de Manuel González Ramírez, México, Editorial Porrúa, 1969, (Biblioteca Porrúa 31), p. 8.

cuando toda la República se preparaba para la defensa de la independencia amenazada.”¹³⁵

Aunque se sabía que la expedición había salido de La Habana, nadie sabía a qué puerto llegaría. “En esta incertidumbre el general presidente no omitió ningún arbitrio de los que pudiesen contribuir a rechazar al enemigo y reanimar el espíritu público.”¹³⁶

Zavala tiene una opinión muy favorable de Santa Anna:

El general Santa Anna, de cuyo valor y ardimiento he hablado repetidas ocasiones en esta obra, fue nombrado general en jefe del Ejército Mexicano. Esta vez el ilustre caudillo dio todo el vuelo a su carácter y desplegó su infatigable actividad, una de sus primeras cualidades. Hizo préstamos forzosos; ocupó los buques mercantes y de guerra del Puerto de Veracruz; dispuso el embarque de la infantería, mientras que la caballería se dirigía por la costa, y habiendo reunido hasta cerca de dos mil hombres; con esta fuerza marchó al encuentro del enemigo, habiéndose embarcado él igualmente, exponiéndose a ser atacado por la fuerza marítima del comandante de la escuadra española, Laborde, que había conducido la expedición. En esta vez, Santa Anna no contaba más que con su *fortuna*; porque es evidente que su pequeña flotilla no hubiera tenido otro recurso en caso de un ataque, que echarse sobre las costas a perecer, o entregarse al enemigo. Felizmente Laborde no hizo ningún movimiento combinado con Barradas; y sólo cumplió con dejar en Cabo Rojo a los expedicionarios.¹³⁷

En lo que respecta a Felipe de la Garza, Zavala pertenece al grupo de los que no tienen un buen concepto de él. Cuenta que Terán lo envió a hacer un reconocimiento de las fuerzas del enemigo, y que “sin resistencia o con muy poca se puso él mismo en manos de los invasores, en donde permaneció un corto

¹³⁵ *Ibid.* p. 436.

¹³⁶ *Ibid.*

¹³⁷ *Ibid.*, pp. 436-347.

tiempo".¹³⁸ Asegura que después de esto Santa Anna debió mandarlo a un consejo de guerra y no simplemente despojarlo de su poder, como lo hizo. Santa Anna informó sobre este asunto a Guerrero en un comunicado, pero "quedó cubierto con el velo del misterio sin poderse saber si Garza fue un traidor, o un cobarde o un vil mexicano".¹³⁹

Zavala relata que la influencia funesta del clima hizo estragos entre las tropas españolas desde el principio y que el campo de batalla parecía un gran hospital. Barradas y los demás buscaban atraer la simpatía de la gente inútilmente. Trataban de ganarse a los mexicanos pagando precios exorbitantes por los víveres que adquirían. Según Zavala "un fraile mexicano llamado Bringas, que había en tiempo de la pasada revolución servido la causa de los españoles desde el púlpito y en el confesionario, fue tratado con menosprecio y con horror".¹⁴⁰ Santa Anna llegó a Pueblo Viejo y atacó Tampico, aprovechando la ausencia de Barradas. En este lugar habían quedado las tropas españolas a cargo del coronel Salomón. El ataque y la defensa fueron sangrientos. Santa Anna hubiera rendido al enemigo si Barradas no se hubiera encaminado en su auxilio con mil hombres. La situación se salvó por la "presencia de ánimo" con que Santa Anna recibió al enemigo y por la suspensión de armas que había pedido Salomón. Según Zavala, Santa Anna se quejaba de que Felipe de la Garza no hubiera atacado por la retaguardia al enemigo cuando desamparó Altamira para ir a auxiliar a Salomón. En pocas horas que hubiese detenido a Barradas, el enemigo seguramente se habría rendido. Santa Anna cruzó el río con sus tropas y volvió a su campo. Sobre este episodio, Zavala comenta:

El resultado de esta acción fue de la mayor importancia para las armas mexicanas. El enemigo que había creído o que había procurado hacer creer a las tropas que los mexicanos no tenían valor, ni disciplina, ni armas, ni deseo de pelear, recibió una lección

¹³⁸ *Ibid.*, p. 437.

¹³⁹ *Ibid.*

¹⁴⁰ *Ibid.*, pp. 438-439.

terrible con este ataque brusco, inesperado y oportuno, que manifestaba la actividad y destreza del jefe, el ardor y atrevimiento de las tropas republicanas. El desaliento que causó este golpe a los invasores, fue principio de su próxima ruina, y el anuncio del triunfo nacional.¹⁴¹

Zavala ataca duramente a algunos escritores de la época, especialmente a Bustamante, que aseguraba que los invasores no eran españoles sino norteamericanos que habían ocupado la provincia de Texas, y a Ibar, que afirmaba que antes que combatir al enemigo extranjero había que destruir al gobierno nacional. En lo que respecta a las facultades extraordinarias de Guerrero dice lo siguiente: "El Congreso cerró sus sesiones con este decreto dejando al Poder Ejecutivo una especie de dictadura que atrajo al gobierno toda la odiosidad de este nombre, sin haber sacado ninguna de las ventajas."¹⁴² Después Zavala defiende algunas de las medidas que tomó como secretario de Hacienda.

El autor comenta también sobre los periódicos que tenían fuera del país los españoles expulsos, como *El Español*, de Nueva Orleans, *El Redactor*, de Nueva York, y *El Mercurio*. De ellos dice:

.....hacían pinturas exageradas de los menores desastres; representaban al país como entregado a la anarquía, al saqueo, al desorden. Todo el furor de los españoles emigrados se manifestaba en estos periódicos, órgano de sus diatribas, de sus amenazas; y también el testimonio de su impotencia, de su encarnizamiento, de su odio inextinguible contra los autores de la independencia, y destructores de su dominación, de su monopolio y de sus miserables maniobras.¹⁴³

Sobre el ataque final, Zavala dice:

Era imposible que la división española pudiese resistir por mucho tiempo a un doble número de enemigos llenos de entusiasmo y

¹⁴¹ *Ibid.*, p.440.

¹⁴² *Ibid.*, p. 441.

¹⁴³ *Ibid.*, p., 443.

vigor con el sentimiento de su poder, con armas iguales, esperanzas de auxilio momentáneos y orgullosos de tener, por decirlo así, el depósito sagrado de la independencia entre las manos.¹⁴⁴

El comentario final de Zavala sobre este episodio es el siguiente:

Este fue el término trágico de la expedición española en la que el gobierno español después de gastar un millón de pesos y de haber sacrificado al menos un mil quinientos hombres, dio al mundo civilizado el testimonio menos equívoco de su torpeza, de su impotencia; y presentó una nueva ocasión a los mexicanos para acreditar su patriotismo, su valor y sus virtudes. La independencia de las antiguas colonias españolas en el Continente Americano es una cuestión resuelta por un hecho perfecto, sostenida por la opinión de todos los habitantes de aquellos países, sancionada por el voto de todos los pueblos libres y reconocida por los gobiernos civilizados.¹⁴⁵

La versión de Zavala es la visión del gobierno de Guerrero, del que formó parte. Apoya completamente la actuación de Santa Anna y ataca a los opositores que negaban la existencia del intento de reconquista, a pesar de que ya era prácticamente un hecho. Escribe como un actor político del momento.

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 444.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 446.

José María Luis Mora

Su vida. José María Luis Mora nació en Chamacuero (hoy Ciudad Comonfort), Guanajuato, en 1794. Estudió en Querétaro y a los doce años ya estaba en la Ciudad de México, interno en el Colegio de San Ildefonso. Se recibió de bachiller en 1812. Su fortuna familiar se perdió en la guerra de independencia. En 1819 se recibió como licenciado en teología y el mismo año tomó las órdenes sacerdotales. En 1820 obtuvo el doctorado en teología y daba clases en San Ildefonso.

Mora promovió siempre un gobierno federal que evitara la concentración del poder en unos pocos. Quizá sus experiencias personales con el autoritarismo en San Ildefonso, quizá el haber perdido una oposición a una canonjía, lo llevaron incluso a tomar, tiempo después, cierto encono contra la Iglesia.

En 1822 pasó a formar parte de la Diputación Provincial de México y posteriormente del Congreso del Estado de México. Al cerrarse la legislatura obtuvo el título de abogado. Desarrolló una importante carrera periodística en el *Semanario Político y Literario de México*, *El Sol*, y el *Correo de la Federación*.¹⁴⁶

Le escribió el *Manifiesto* a Nicolás Bravo, en 1828. Escribió el *Catecismo político de la Federación Mexicana* y los *Discursos sobre la naturaleza y aplicación de las rentas de bienes eclesiásticos*. En 1833, al caer Anastasio Bustamante, Mora se incorporó a la vida pública con Valentín Gómez Farfás. En esta etapa fundó el periódico *El indicador de la Federación Mexicana*. Al dejar el poder Gómez Farfás, Mora se estableció en París, en 1834. En 1836 publicó *México y sus revoluciones* y en 1838 sus *Obras sueltas*. En 1847 Gómez Farfás lo nombró ministro plenipotenciario ante el gobierno del Reino Unido. Le tocó tratar con el ministro Palmeston cuando la invasión norteamericana. Su delicado estado de salud se fue agravando; tenía tuberculosis. Falleció en París en 1850.¹⁴⁷

¹⁴⁶ Anne Staples, "José María Luis Mora", en *El surgimiento de la historiografía nacional*, Virginia Guedea (coord.) México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997 (Historiografía Mexicana vol. III), pp. 21-245.

¹⁴⁷ *Diccionario Porrúa. Historia, biografía y geografía de México*, México, Editorial Porrúa, 6 edición, 1995, vol. III, pp. 2349-2350.

Su obra. Mora, en su libro *México y sus revoluciones*, explica cómo mientras estuvieron en España las Cortes, no hubo hostigamiento hacia México. Aunque la relación era bastante ambigua, era pacífica. Dice Mora: "La bilis exaltada de los españoles por la pérdida de esta importante colonia se desfogaba en el Congreso, pero todo quedaba en declaraciones."¹⁴⁸

Incluso, asegura que la causa independentista ganaba cada vez más adeptos dentro de las Cortes. Sin embargo, al volver Fernando VII la situación cambió radicalmente dado que a su mentalidad autoritaria le parecía fácil recobrar las posesiones en América. Mora considera que fue un gran error de España rechazar tajantemente los tratados de Córdoba, puesto que a partir de ellos se hubiera podido hacer alguna negociación, aunque finalmente no hubiera venido a reinar ningún príncipe español. Todo propició que aumentara mucho el odio que había contra la metrópoli, después de una desgastante guerra de Independencia. En función de lo enconados que estaban los ánimos se explica lo que ocurrió en 1823, al haber una diferencia entre las autoridades de la ciudad de Veracruz y la guarnición del castillo de San Juan de Ulúa, aún en poder de los españoles.¹⁴⁹ Entonces, el Congreso general declaró la guerra a España y surgieron las hostilidades entre Veracruz y la fortaleza, siendo ésta tomada dos años después. Esto trajo consecuencias como la prohibición del comercio con España.¹⁵⁰

Aunque el gobierno de Madrid durante mucho tiempo había pensado en una invasión sobre México, no fue sino hasta 1829 en que pudo enviarla. En esta fecha el gobierno de Fernando VII era más sólido, México había sufrido muchos problemas y los españoles expulsados, muy resentidos, estaban totalmente a favor de la invasión y lograron persuadir al ministerio de España de que la empresa tendría éxito si se realizaba en circunstancias favorables.¹⁵¹

¹⁴⁸ José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, París, Librería de la Rosa, 1836 vol. I, p. 568.

¹⁴⁹ *Ibid.*, pp. 569- 570.

¹⁵⁰ *Ibid.*, pp. 570-571.

¹⁵¹ *Ibid.* p. 571.

Mora dice que finalmente la expedición se realizó, pero que fue batida en muy pocos días, "por un puñado de mejicanos que, sin prevención del gobierno, sin caja militar, sin vestuario y sin víveres se pusieron a las órdenes de los generales Santa Anna y Terán".¹⁵²

"El éxito desgraciado y pronto de esta tentativa del gobierno español aseguró para siempre entre las potencias extranjeras la existencia política de Méjico, por el espíritu de nacionalidad que manifestaron todos sus habitantes para repeler la invasión."¹⁵³

Fue hasta el gobierno de la reina Cristina que el pueblo español tuvo, de cierta forma, órganos adecuados para expresar su voluntad, cambió la actitud hacia las naciones hispanoamericanas y se comenzó a hablar del reconocimiento de la independencia de las mismas.¹⁵⁴

La importancia de esta obra con respecto a la invasión de Barradas radica en que explica un poco la situación política en España antes del regreso de Fernando VII. Explica que la invasión sólo fue posible en 1829 porque ya estaba de vuelta el monarca y estaba más fortalecido. Para Mora fue muy importante el papel que tuvo la expulsión de los españoles para que España se decidiera a la reconquista.

Mora siempre se manifestó en contra de la expulsión de los españoles. Era un ilustrado y liberal, pensaba que todos los hombres tenían los mismos derechos. Sentía que la expulsión estaba en contra del Plan de Iguala y de los Tratados de Córdoba; le preocupaba faltar a la justicia.

No es una visión gobiernista, pero da todo el mérito del triunfo a Santa Anna y a Mier y Terán.

¹⁵² *Ibid.*

¹⁵³ *Ibid.*

¹⁵⁴ *Ibid.*

CAPÍTULO VI. Historiadores del siglo de s. XIX posteriores a la invasión

Niceto de Zamacois

Su vida. Nació en Bilbao en 1820. Sus padres fueron Miguel Zamacois y Ramona Urrutia. Su familia era muy numerosa y particular. Algunos de sus hermanos eran artistas y otros se dedicaban al circo. En su España natal le correspondió vivir las guerras carlistas y en México le tocaron las disputas de los liberales y los conservadores por el poder.

En 1843 contrajo matrimonio con la mexicana Francisca Rubio, con la que tuvo tres hijos. Tenía una gran afición a la literatura y escribió poesía, novela y teatro. En su primera estancia en México permaneció 17 años. Probablemente Zamacois se fue de México en 1857, en que tuvo lugar una crisis diplomática entre México y España. Se fueron muchos españoles por esta causa. Zamacois continuó siendo escritor. En 1859 escribió *El capitán Rossi*, que trata sobre la invasión de Barradas.

En 1860 regresó a México y comenzó a recopilar el material para su historia. En 1867, al triunfo de la República, permaneció en México y continuó su labor literaria. En 1873 regresó a España, donde comenzó a editar su obra historiográfica. En 1883 se embarcó a México para presentar su obra ante la sociedad porfirista. Falleció el 30 de octubre de 1885 en la capital. Fue sepultado en el Panteón del Tepeyac y más tarde sus restos fueron trasladados al Panteón Español.¹⁵⁵

Su obra. Zamacois tardó cinco años en escribir su *Historia de México*. Comenzó a publicarla en 1876 y el último volumen salió en 1882. La publicaron J.F. Parres y Cía., editores de Barcelona y México.

En 1865 Manuel Larraínzar hizo un llamado para escribir una historia general que ayudara a recuperar el pasado histórico de la nación. Zamacois, que era muy romántico y amaba a México, creía que el conocimiento histórico conduciría a la comprensión de los componentes históricos. Tenía cierto ideal de progreso en tiempos de paz. Consideraba que cada etapa era mejor que la anterior.

¹⁵⁵ Judith de la Torre Rendón, "Niceto de Zamacois", *En busca de un discurso integrador de la nación (1848-1884)*, Antonia Iñ-Suñer Llorens (coord.) México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1996 (Historiografía Mexicana vol. IV), pp. 549-553.

Era muy católico; pensaba en la necesidad de preservar ciertos valores del pasado. Estaba a favor de la independencia. Consideraba que un país que alcanza la mayoría de edad tiene derecho a emanciparse.¹⁵⁶

En su *Historia de México* dice:

“El español que desconozca la historia de México no puede lisonjear de conocer por completo, la historia de su propia patria. En la historia de España se encuentra un gran vacío por llenar y este vacío es el que corresponde a los acontecimientos de México durante los trescientos años que rigieron los monarcas.”¹⁵⁷.

En este sentido, Niceto de Zamacois es una excepción dentro de la historiografía. Sobre su condición de español nos comenta:

“Mi calidad de español, lejos de ser una condición desfavorable para escribir la historia de México, es, por el contrario, una garantía de imparcialidad, puesto que ella me pone en la ventajosa posición de poder juzgar desapasionadamente, por la analogía que existe entre el carácter mexicano y el español.”¹⁵⁸

Vemos que la intención de Zamacois es hacer una historia muy seria, de ahí que conceda gran importancia a los documentos que usa. Entre los historiadores españoles del siglo XIX, Niceto de Zamacois es probablemente el único que se ocupa extensamente de la invasión de Barradas. Es de suponer que su interés por la historia de México proviene de haber vivido muchos años en nuestro país. En el caso de la expedición de Barradas nos dice que se basó en el diario manuscrito de un subteniente español que participó en ella, de nombre Eduardo Agosti, mismo que obtuvo en Madrid en 1859¹⁵⁹.

“En ese manuscrito en que se apuntaba por curiosidad y con la mayor sencillez las ocurrencias diarias que acontecieron en aquella compañía, se ven

¹⁵⁶ *Ibid.*, pp. 564-569.

¹⁵⁷ Niceto de Zamacois, *op. cit.*, Barcelona, J.F. Parres, 1879-1888, t. I, p. XV.

¹⁵⁸ *Ibid.*, vol. I p. XXIV

¹⁵⁹ *Ibid.*, vol. I, p. XIV.

reflejadas todas las acciones que se dieron, de la manera franca con que pudiera hacerlo Bernal Díaz del Castillo."¹⁶⁰

Yo diría que Zamacois tiene una visión más realista de la situación que reinaba en México. Él no acepta que los mexicanos, por lo menos una parte importante de los mismos, quisieran volver a ser gobernados por España.

Tomar el disgusto que manifestaban por la mala administración de sus gobernantes, como arrepentimiento de ser independientes, es una interpretación engañosa; no conocer el ardiente patriotismo de los mexicanos que, así como los españoles, prefieren la independencia de la patria con todas las penalidades que puedan caer sobre ella, a la posición más tranquila bajo la dependencia de otra nación si es que puede haber tranquilidad para los hijos de un país gobernado por otro, cuando se han saboreado las delicias de la independencia y de la soberanía.¹⁶¹

Tenemos aquí a un autor moderno, que contrasta notablemente con los planteamientos que años atrás escribiera D. Mariano Torrente.

Continúa:

Además, por graves que fuesen los males que sufría la sociedad por las revoluciones, había fe en el remedio de ellas; se esperaba que al fin se estableciera un buen gobierno que condujese a la nación por el sendero de la prosperidad; y sobre todo, como dice acertadamente el escritor Juan Suárez y Navarro, después de 1821 se había operado una revolución moral en los espíritus y durante ese periodo los mexicanos habían cambiado no sólo sus aspiraciones y tendencias políticas, sino aun en su carácter.¹⁶²

La descripción de Zamacois sobre la invasión de 1829 es una de las más detalladas. El capítulo dedicado al desarrollo de la invasión se ha basado, en gran parte, en este autor. Zamacois tiene una visión muy benévola de Barradas. Siempre

¹⁶⁰ *Ibid.*, vol XI, p. 721.

¹⁶¹ *Ibid.*, vol. XI, p. 718.

¹⁶² *Ibid.*

hace referencia a que soltaba a los prisioneros. Defiende mucho la imagen del expedicionario. Hay una pasaje en el que se había suspendido el fuego y se estaba viendo la posibilidad de que el invasor capitulara. Castrillón, un ayudante de Santa Anna, al ver que llegaban fuerzas españolas, se adelanta y simplemente dice: "Señores, acaban de llegar dos mil hombres más."¹⁶³ Los españoles creyeron que se refería a fuerzas mexicanas. Al llegar Barradas, permitió que Santa Anna cruzara el río para ir a su cuartel general. Al respecto Zamacois comenta:

Este acto generoso de Barradas ha dado lugar a que algunos, sin conocimiento de los hechos, le hayan acusado de traidor, diciendo que se vendió al oro de Santa Anna. Nada más injusto que esta acusación. Barradas deseaba captarse la voluntad de los mexicanos, manifestando que sólo combatía cuando se veía preciso a ello. Que este era el plan de conducta que se había trazado al empezar la campaña, lo revela el haber dejado en libertad a todos los que en los diversos encuentros había hecho prisioneros, sin exceptuar a los jefes y oficiales.¹⁶⁴

Algunos autores afirman que lo que Barradas quería era ganar tiempo. Zamacois opina que probablemente buscaba pruebas de que el país no deseaba volver al dominio español para llevarlas al capitán de la isla de Cuba. Dice que no es posible que Barradas haya querido comprar a Santa Anna:

Pero no es verosímil que Barradas hubiese formado un concepto desfavorable de Santa Anna juzgándole accesible a la seducción en contra de la independencia de su patria, ni es concebible que pensara en hacerle ofrecimientos, cuando el general mexicano contaba con fuerzas numerosas y se hallaba en posición muy ventajosa a la suya. Además, Barradas sabía muy bien que Santa Anna era el jefe que proclamó en la fortaleza de Perote, entre otros artículos la expulsión de los españoles y mal podía esperar de él nada favorable a la expedición, respecto a dominio. Otra

¹⁶³ *Ibid.*, vol. XI, p. 761.

¹⁶⁴ *Ibid.*, vol. XI, pp. 762-763.

circunstancia viene en apoyo de que el jefe español trataba de entrar en conferencia, no con la idea de seducción, cosa que era imposible cuando todo se presentaba desfavorable, sino de caer en desgracia de su soberano, si desistía de la empresa, conocido el error en que se había estado al acometerla.¹⁶⁵

Más adelante comenta sobre una respuesta que Barradas dio a una carta intimidante que le había enviado Santa Anna el 8 de septiembre. Según Zamacois, las dos cartas fueron escritas al mismo tiempo y la carta de Barradas "revelaba sentimientos nobles, y en ella se ve al hombre que habiendo cumplido con el deber militar, sin haber acosado a los pueblos y portándose lealmente con los prisioneros, solicita un arreglo que ponga término a una lucha que él no buscó ni creyó que hubiese, según ideas erróneas que se habían vertido en Europa".¹⁶⁶

Zamacois dice que pocos autores se han ocupado de la expedición y que algunos, como Suárez y Navarro, han dado a los hechos un sentido ambiguo para favorecer sus intereses.¹⁶⁷

Zamacois es un caso único en la historiografía mexicana. Llama la atención que, aunque no está a favor de la reconquista, sus juicios sobre Barradas son mucho más suaves que los de los otros autores. Hace mucho énfasis en su bondad, en que liberaba presos, etc. Llama la atención el espacio tan grande que dedica a la invasión de Barradas, quizás justamente por tratarse de un historiador español. Es este sentido es muy importante para el tema, por lo detallado de su narración. Pretende hacer una historia objetiva, con interpretación de los hechos y empleando fuentes muy diversas. En el caso de la expedición, menciona el diario de Eduardo Agosti.

¹⁶⁵ *Ibid.*, vol. XI, p. 764.

¹⁶⁶ *Ibid.*, vol. XI, p. 774.

¹⁶⁷ *Ibid.*, vol. XI., p. 801.

Francisco de Paula Arrangoiz

Su vida. Francisco de Paula Arrangoiz nació en Jalapa, Veracruz, en 1812, en la época en que se luchaba por la independencia. Su padre era realista y su abuelo fue gobernador de Guanajuato. Arrangoiz desde muy joven intervino en la política. En 1841, durante el gobierno de Anastasio Bustamante, fue nombrado cónsul en Nueva Orleans. Regresó a México en 1845 debido a que tuvo que cerrar el consulado por problemas entre Estados Unidos y México. En mayo de 1846 llegó a La Habana como cónsul.

Después de la guerra con los Estados Unidos, en 1848 se le confió una delicada misión: debía conseguir en Estados Unidos 4,000 o 5,000 soldados que actuarían bajo las órdenes del gobierno mexicano para reprimir los levantamientos del país, incluso el problema en Yucatán. No tuvo éxito.

En 1849 fue nombrado ministro de hacienda, en el gobierno de José Joaquín Herrera. Sólo duró cuatro meses. En ese mismo año formó parte del Ayuntamiento de la Ciudad de México, junto con Alamán y otros conservadores. En 1852 llegó como cónsul general a Nueva York, pero en 1853 se le ordenó trasladar el consulado general a Nueva Orleans, durante el último gobierno de Santa Anna.

Arrangoiz participó en la recepción y manejo de los pagos por la venta de La Mesilla. Por las negociaciones, se quedó con el 1% del dinero. El gobierno de Santa Anna lo destituyó y le quitó la orden de Guadalupe. Arrangoiz se fue a París en 1854 y ya no regresó a México.

En 1863 Arrangoiz fue presentado a Maximiliano de Habsburgo por José María Gutiérrez Estrada. A Maximiliano le interesaban los conocimientos de Arrangoiz sobre la hacienda en México. Arrangoiz fue enviado a Inglaterra a hablar con *Lord Palmerston* para ver qué opinión tenían en ese país sobre la intervención francesa.

En 1864 Arrangoiz acompañó a Maximiliano a Viena. El 10 de abril de 1864 Maximiliano aceptó el trono de México. Arrangoiz fue nombrado ministro plenipotenciario en Bélgica. En 1865 renunció a los puestos diplomáticos en

Europa porque no estaba de acuerdo con la política liberal del Imperio. Murió en Madrid en 1899.¹⁶⁸

Su obra, *Méjico desde 1808 hasta 1867* apareció en Madrid en 1871.¹⁶⁹ En realidad dedica un espacio muy breve a la invasión, pero en él se hace patente su posición monárquica:

Gran desatino fue el de enviar la expedición en los meses en que hacen más estragos el vómito y las calenturas; pero ni en la buena estación hubiera conseguido nada Barradas con tan pocas fuerzas: ni era el jefe propio para mandar las tropas, por su escaso talento y su completa ignorancia y falta de relaciones en un país, en que no debía hacerse la guerra con las armas, sino con la política. Veinte mil hombres mandados por el general Cruz o el virrey D. Félix Calleja, que tan bien conocía México y a sus hombres, hubiera tenido otro éxito en momentos en que tan agraviadas había tantas gentes por la expulsión de los españoles, y tan temerosos estaba todo el que tenía que perder con el triunfo de los rojos. Si la expedición hubiera llevado un infante de España a la cabeza, con la aceptación del Plan de Iguala probablemente hubiera tenido éxito más feliz aquel trono que el del archiduque Maximiliano de Austria.¹⁷⁰

Francisco de Paula Arrangoiz se refiere muy poco a la invasión, pero su punto de vista representa la visión monarquista y conservadora de aquellos que pensaban que una monarquía extranjera podría sacar al país del caos y de la situación de ingobernabilidad en el que había caído después de la guerra de independencia, a la que califica de "funesta y sangrienta".¹⁷¹

¹⁶⁸ Leonor Correa Etcheagaray, "Francisco de Paula Arrangoiz", en *En busca de un discurso integrador de la nación, (1848-1884)* Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.) México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, (Historiografía Mexicana vol. IV), 1996.

¹⁶⁹ *Diccionario Porrúa. Historia, biografía y geografía de México*, México, Editorial Porrúa, vol. 4, p 227.

¹⁷⁰ Francisco de Paula Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867*, prólogo de Martín Quirarte, México, Editorial Porrúa (Sepan Cuántos núm. 82), pp. 352-353.

¹⁷¹ Correa Etcheagaray, *op.cit.*, 217.

Su obra es importante, sobre todo para el estudio de la Intervención Francesa y el Imperio, ha sido fuente indispensable para otras obras. Arrangoiz era muy riguroso en el manejo de los documentos. Es un hombre que participó en la política de su tiempo y defiende sus puntos de vista; no parece reflexionar sobre el concepto de historia.

Juan Suárez y Navarro

Su vida. Juan Suárez y Navarro nació en Guadalajara, Jalisco, en 1817. Estudió en el Instituto de Ciencias y Artes de Jalisco. En 1842 se trasladó a la Ciudad de México. Ese mismo año solicitó una plaza en el batallón de milicia activa "Granaderos de la Guardia de los Supremos Poderes" y en poco tiempo llegó a coronel, primer ayudante de caballería. En 1848 pidió una licencia para apartarse del ejército. Dejó la milicia después de un año de cárcel por sus escritos contra el gobierno.

Sus nexos con Santa Anna se hicieron claros desde 1848. Siendo empleado del Ministerio de Guerra y Marina, Santa Anna lo nombró su apoderado para su juicio por difamación contra el Firmón, del *Monitor Republicano*.

Entre 1850 y 1853 se imprimieron los dos tomos de su *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna*. Escribió varios artículos para preparar el regreso de Santa Anna y al triunfo de la revolución de Jalisco obtuvo un ascenso a general y fue nombrado oficial mayor de la Secretaría de Guerra, de la que Tornel era titular. Al morir Tornel, trató de ocupar el ministerio, sin éxito.

Con el pretexto de que no se estaba cumpliendo con lo establecido en el Plan de Jalisco, Suárez y Navarro rompió con Santa Anna. Se fue a Nueva York, pero en 1854 Santa Anna dispuso su regreso al país y lo nombró segundo del director del Colegio Militar.

Suárez y Navarro cambió de nuevo de bando al unirse al Plan de Ayutla. Comenzó entonces a escribir diatribas contra Santa Anna. En 1860 se incorporó al gobierno liberal. Francisco Zarco le encomendó informar sobre los problemas que había en Yucatán con respecto a la escisión de Campeche y el tráfico de indios a Cuba. Además, informaba sobre las actividades de los conservadores como Arrangoiz y Gutiérrez Estrada. En 1861 Suárez y Navarro fue elegido diputado por Yucatán.

Ante la invasión francesa se quedó del lado constitucional, pero en 1865 estaba al servicio de Maximiliano. Sostuvo una larga polémica con Francisco Zarco.

Éste afirma en una de sus cartas que Suárez y Navarro fue acusado de peculado y encarcelado.

Suárez y Navarro murió el 29 de enero de 1867.¹⁷²

Su obra. Es un hecho que Juan Suárez y Navarro escribió su *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna* con la intención de defender a este polémico personaje. Gustavo Martínez Alomía, en su libro *Historiadores de Yucatán*¹⁷³ hace referencia a una nota por demás negativa del libro de Suárez y Navarro, del historiador don Antonio Ferrer del Río, aparecida en su biografía de Lucas Alamán:

Datos son éstos [refiriéndose a la ambición de Santa Anna] que se desprenden hasta de un desgraciado libro impreso en son de panegírico de Santa Anna, donde se disputan la primacía, la inexperiencia del que lo escribe y la pasión que le deslumbra, y donde hace funestísima concordancia, el desacierto de los juicios, el escaso conocimiento del idioma y lo pedestre del lenguaje.¹⁷⁴

A pesar del carácter político que pueda tener la historia de Suárez y Navarro, no podemos negar que ha sido fuente imprescindible de consulta para lo que se refiere a la invasión de Barradas. Ya dijimos que incluso el general Manuel María Escobar, habiendo sido testigo de los hechos, se basa textualmente en Suárez y Navarro para narrar el desenlace de la invasión. También Zamacois y Bulnes hacen referencia a esta obra.

Con respecto a los preparativos de la invasión, Suárez y Navarro dice:

No sólo las noticias exageradas y falsos informes de los espulsos precipitaron al gabinete de Madrid a una tentativa de reconquista, sino que cooperaron mucho a este proyecto, las maquinaciones que estaban en juego entre nosotros en favor de España. El gobierno mexicano tuvo oportunas noticias de haber llegado a los Estados

¹⁷² Julio César Morán Álvarez, "Suárez y Navarro", en *En busca de un discurso integrador de la nación (1848-1884)*, Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1996, (Historiografía Mexicana vol. IV), pp. 71-76.

¹⁷³ Gustavo Martínez Alomía, *Historiadores de Yucatán. Apuntes biográficos y bibliográficos de los historiadores de esta península desde su descubrimiento hasta fines del siglo XIX*, Campeche, Tipografía El Fénix, 1906, p. 178.

¹⁷⁴ *Ibid.*

Unidos el duque de Montenegro, con dirección a México, para organizar la conspiración que se frustró por la prisión del padre Arenas. El advenimiento al poder del general Guerrero echó por tierra los proyectos del duque y de un tal García de Medina, que figuraba como principal agente en estas tramas. Montenegro pasó a Colombia, y en México continuaron los españoles entendiéndose con sus amigos y corresponsales, escitándonos constantemente a traernos la guerra, porque les parecía muy fácil recuperar el dominio de la Nueva España.¹⁷⁵

Sobre la invasión, Suárez y Navarro cuenta que el 16 de julio llegó a Veracruz la noticia del desembarco gracias a una fragata de guerra francesa. Santa Anna, gobernador y comandante de armas de Veracruz, dispuso a las milicias bajo su mando para la defensa, y al no haber dinero en la arcas públicas, obtuvo un préstamo de los vecinos de 13,735 pesos.

El gobierno federal se enteró del desembarco el 31 de julio:

Ocho días contaban los enemigos de haber desembarcado en Cabo Rojo, cuando nuestros legisladores se convocaban para "dar leyes y decretos conducentes a auxiliar al gobierno en los ramos de hacienda y guerra". ¡Cuánto no se hubiera adelantado la defensa nacional, si el ejército hubiera tenido oportunamente arbitrios para oponer un ejército superior al de los invasores!¹⁷⁶

Suárez y Navarro no se refiere en términos tan negativos como otros autores a Felipe de la Garza, pero sí menciona sus fracasos. Se refiere, por ejemplo, al episodio de Los Corchos. Garza trataba de impedir el paso del río y la ocupación de Tampico. Dice Suárez y Navarro: "Garza no pudo conseguir su intento: sea por la superioridad de las fuerzas y recursos del enemigo, sea porque le falló el ánimo, el hecho fue que se decidió por abandonar los puntos que ocupaba, replegándose hasta Altamira."¹⁷⁷

¹⁷⁵ Juan Suárez y Navarro, *op. cit.*, p. 414.

¹⁷⁶ *Ibid.*

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 144.

ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA

Más adelante habla del 17 de agosto, cuando que Garza decidió abandonar la fortificación que tenía en Altamira, porque "se consideró débil y abandonó el punto, mandando que hiciera lo mismo el general Terán a las dos de la tarde del mismo 17, Garza se retiró también cuatro leguas distantes del punto que defendía, situando su campo en medio de los caminos que salen de Altamira para Presas y para Horcasitas".¹⁷⁸ También se refiere al momento en que el día 21 el coronel Salomón enarboló bandera pidiendo parlamento. Ya estando en conferencia para la capitulación, Santa Anna se enteró de que Barradas se aproximaba con 2,000 hombres. El general Garza no los hostilizó, como hubiera podido hacerlo.¹⁷⁹

Suárez y Navarro es de la opinión de que Barradas tenía un "plan de seducción" y que "por medio de entrevistas y ofrecimientos creía conseguir lo que no era posible por la fuerza".¹⁸⁰ Llega un momento en que Santa Anna responde que "...no escucharía más proposiciones que aquellas que tuvieran por objeto el reconocimiento de la independencia, la evacuación pronta del territorio que ocupaban o una capitulación para rendir las armas".¹⁸¹

Santa Anna continuó con las operaciones para interponerse entre Tampico y la Barra. Se situaron dos baterías en Las Piedras y en El Humo, quitándoles la navegación del río. Lo más importante fue la ocupación de la ranchería de Santa Cecilia por Terán. Este punto quedaba entre Fortín y Tampico. El 8 de septiembre las tropas mexicanas aguardaban en Doña Cecilia a los españoles. Santa Anna, que había pasado el río con sus hombres, mandó una misiva a Barradas pidiéndole que se rindiera a discreción. Antes de que llegara la carta a su destino, llegaba una comunicación de Barradas pidiendo armisticio y prometiendo evacuar la República. Santa Anna negó la petición, pidiendo otra vez la intimación, que fue llevada por el mismo general español a Barradas. Dice Suárez y Navarro: "No perdía esperanza de una transacción del brigadier Barradas."¹⁸² El día 9, Barradas

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 147.

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 148.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 149.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 150.

¹⁸² *Ibid.*, p. 155.

repitió el parlamento, esta vez con José Miguel Salomón. Santa Anna se negó y dijo que sólo permitiría parlamentos en su campo para rendirse a discreción.

El ataque final se inició a las dos de la tarde del 10 de septiembre. Comenzó el combate. A las cinco de la mañana del día siguiente se reorganizaban las tropas mexicanas. Un parlamentario español se presentó a Terán solicitando llevar los heridos a Tampico. Terán prefirió que los llevaran a Pueblo Viejo, para evitar que el enemigo reabriera comunicación con Tampico. En el cuartel general del enemigo se izó la bandera blanca y se tocaba parlamento. Esta vez Santa Anna sí aceptó un convenio "bajo las bases de garantizar la vida y las propiedades de los expedicionarios, respetando su honor en cuanto fuera posible".¹⁸³

Los comisionados para la capitulación fueron, por parte de los expedicionarios, el coronel Salomón y Fulgencio Salas, y por parte de los mexicanos, el coronel Pedro Landeros, el coronel de ingenieros José Ignacio Iberri y el coronel del tercer batallón José Antonio Mejía.

A las tres de la tarde del 11 de septiembre se ratificó la capitulación. Suárez considera que para España fue una gran lección.¹⁸⁴

La obra de Suárez y Navarro da el punto de vista santanista de la invasión. Sin embargo, no podemos dejar de lado los vaivenes políticos de este autor: primero defendió mucho a Santa Anna y luego lo atacó. En lo que a la invasión se refiere, es una fuente importante porque es de las que hacen más referencia al episodio. Es la visión de los vencedores y, más allá de su intención política, aporta una gran cantidad de datos. Otros autores lo han tomado como fuente para el episodio del intento de reconquista.

¹⁸³ *Ibid.*, p. 158.

¹⁸⁴ *Ibid.*, p. 160.

CAPÍTULO VII. La polémica Buñes-Pereyra

Francisco Bulnes

Su vida. Francisco Bulnes nació en la Ciudad de México el 4 de octubre de 1847. Estudió ingeniería en la Escuela de Minería, pero abandonó su profesión para dedicarse al periodismo. Fue uno de los fundadores de la Escuela Nacional Preparatoria y destacó por sus ideas positivistas. Perteneció a un grupo de jóvenes de alta sociedad conocido como "Güinduris". Interesado en la política, defendió al presidente Lerdo de Tejada, incluso con las armas. Participó en la batalla de Tecoco como ayudante del general Ignacio L. Alatorre. Se ocultó por un tiempo, pero posteriormente solicitó una plaza como maquinista del ferrocarril de Veracruz. Consiguió ser nombrado jefe de Hacienda de Cuernavaca por el ministro Matías Romero. Varias veces fue diputado y senador.

Bulnes fue un polemista sumamente destacado. Sus obras fueron a menudo combatidas, incluso por contemporáneos liberales. Atacó fuertemente a la Revolución Mexicana.

Murió el 22 de septiembre de 1924.¹⁸⁵

Su obra. Entre sus obras destacan: *El porvenir de las naciones americanas* (1899), *Las grandes mentiras de nuestra historia* (1904), *El verdadero Juárez, Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma* (1905), *La guerra de Independencia. Hidalgo-Iturbide* (1910), *La nación, el ejército y las guerras extranjeras, Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio, The Whole Truth about Mexico y El verdadero Díaz* (1920). En 1927 apareció *Los grandes problemas de México*, una selección póstuma de sus artículos periodísticos. En 1904 se publicó *Las grandes mentiras de nuestra historia*¹⁸⁶, donde, entre los episodios a los que dedica un espacio considerable, está la invasión de 1829.

Sobre su objetivo nos dice:

"El objeto de este libro no es servir a un partido, ni excitar sentimientos nobles o innobles, ni empañar o pulir glorias nacionales, ni buscar popularidad o censura;

¹⁸⁵ *Enciclopedia de México*, México, Sabeca International Investment, 4ª ed., 1999, t. 2, p. 1085.

¹⁸⁶ Bulnes Francisco, *Las grandes mentiras de nuestra historia. La nación y el ejército en las guerras extranjeras*, México, Librería de la Viuda de C. Bouret, 1904.

su objeto es el más elevado y no es otro que llegar a la verdad."¹⁸⁷

Bulnes está completamente en contra del mito alrededor de Santa Anna.

El método de análisis de Bulnes consiste en ir rebatiendo los argumentos de los autores que cita. Al primero al que se refiere es Luis Pérez Verdía y su *Compendio de historia de México*, que según Bulnes se basa casi textualmente en las *Lecciones de historia patria* de Guillermo Prieto.¹⁸⁸

Según Bulnes, la falsedad de lo narrado en los autores que critica se basa en gran parte en su desconocimiento de cuestiones militares. Es imposible que un asalto pueda durar doce horas, como dice Pérez Verdía. Además, si el asalto tuvo éxito, como asegura el mismo autor, es imposible que Barradas haya capitulado.¹⁸⁹

Bulnes va mucho más allá y nos asegura que Barradas nunca fue derrotado, puesto que salió vencedor en todos los encuentros que tuvo con el ejército mexicano. Opina que para México fue una vergüenza:

Es una vergüenza para una nación que poseía siete millones de habitantes, que sabía a punto fijo con anticipación de sesenta días que iba a ser atacado, que disponía de 4,700 hombres sobre las armas, dejarse invadir por 2,700 hombres que se apoderaron sin resistencia del segundo puerto de la República, con toda su gruesa artillería, y que permanecieron en actitud triunfal cuarenta y seis días en nuestro territorio, debido a lo que se llama una pura casualidad, pues si la flota española hubiera hecho su deber, el general Santa Anna no hubiera podido llenar el suyo y el ultraje habría durado mucho tiempo. Espectáculo tan lamentable debía llenar de angustia nuestras almas y de luto nuestra historia, en vez de enorgullecernos y de hacernos creer que poseíamos gran potencia militar y pueblo admirablemente patriota.¹⁹⁰

Me parece curiosa esta visión de Bulnes, puesto que, después de todo, el

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 4.

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 2.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 3.

¹⁹⁰ *Ibid.*, pp. 14-15.

episodio terminó como una victoria para México. Más bien podríamos decir que fue un intento de reconquista bochornoso para España.

Bulnes va analizando algunos de los pasajes de la invasión y va buscando argumentos para desmentir lo que dicen otros historiadores. Por ejemplo, en el caso de la batalla de Los Corchos asegura que la "jactancia española" dio al triunfo del invasor una importancia que no pudo haber tenido. Según Bulnes, en México a un coronel jamás se le ha confiado el mando de 2,000 hombres, por lo que asegura que la fuerza mexicana de ese encuentro debe haber sido como de 500 mexicanos.¹⁹¹

Sobre la breve prisión de que fue objeto Felipe de la Garza, episodio que relata Zamacois (basándose en la versión española) y en el que afirma que Barradas —que contaba con 2,000 hombres— hizo prisionero a De la Garza —que tenía 5,000—, Bulnes cuestiona a todos los historiadores posteriores por no haber investigado a fondo este asunto; afirma que "todo historiador está obligado a informarse de lo que dicen sobre un hecho notable, como es la expedición de Barradas, las dos partes contendientes".¹⁹²

Bulnes dice que no se ha terminado de aclarar el misterio de lo que realmente hizo Felipe de la Garza. Zavala, un importante hombre público que formó parte del gobierno que organizó la defensa del país, lo calificó de "cobarde".¹⁹³

Por su parte, el historiador Juan Suárez y Navarro, al que Bulnes califica de "panegirista" del general Santa Anna, también aseguró que la conducta de De la Garza fue equivocada.¹⁹⁴

Garza era comandante general de los Estados Internos del Oriente cuando llegó la invasión. Bulnes dice que ni Zavala ni Suárez y Navarro aclaran si De la Garza cayó o se entregó como prisionero con una corta fuerza. Zavala lo acusa de

¹⁹¹ *Ibid.*, pp. 30-31.

¹⁹² *Ibid.*, pp. 30-31.

¹⁹³ *Ibid.*, pp. 31-32.

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 33.

no haber resistido. No es muy claro qué cosa grave fue la que hizo De la Garza cuando Zavala afirma que Santa Anna debió consignarlo a un consejo de guerra. El asunto es que De la Garza fue removido del cargo y sustituido por el general Mier y Terán.¹⁹⁵ Sin embargo, la ley militar no obligaba a un jefe con una corta fuerza que estaba haciendo reconocimiento a hacer resistencia. Finalmente, Suárez y Navarro y Zavala concluyen algo parecido a la versión de Barradas: De la Garza fue prisionero por corto tiempo.¹⁹⁶

Interesante resulta también lo relacionado a la batalla del lugar conocido como El Chocolate, que Zamacois relata.¹⁹⁷ Al parecer, esta batalla no tuvo lugar, ningún otro historiador habla de ella.¹⁹⁸

Otra batalla de la que habla Zamacois es la del 13 de agosto en Doña Cecilia, antes de que este lugar fuera fortificado por Terán. Bulnes dice: "Esta nueva derrota a nuestras fuerzas, ¿es otra invención de Barradas, no obstante los detalles que contiene la parte oficial?¿Porqué nuestros historiadores se conforman con omitir lo que les hace sospechoso ante la crítica leal y penetrante?"¹⁹⁹

Uno de los puntos que más preocupan a Bulnes es la figura de Santa Anna, a quien realmente trata de desacreditar. Dice: "Si el general Santa Anna dio pruebas con motivo de la expedición de Barradas de patriotismo y actividad, las dio también de ser un infeliz como militar."²⁰⁰

Bulnes critica la decisión de Santa Anna de ir por mar de Veracruz a Tuxpan, para ir después por tierra a Tampico. Con esto, según Bulnes, se entregaba a la flota española sin tener medios para la resistencia, puesto que la marina mexicana era "inservible" e "incapaz" para sostener un combate con la flota española. Bulnes dice que Laborde tenía órdenes secretas de dejar a Barradas a su suerte, pero que esto no podía saberlo Santa Anna.²⁰¹

¹⁹⁵ *Ibid.*

¹⁹⁶ *Ibid.*, p. 34.

¹⁹⁷ Zamacois, *op. cit.* p. 753

¹⁹⁸ Bulnes, *op. cit.* p. 35

¹⁹⁹ *Ibid.*, p. 36

²⁰⁰ *Ibid.*, p.40

²⁰¹ *Ibid.*, p.40

Además, al llegar la noticia de la invasión el 2 de agosto, se hablaba de 4,000 hombres. Bulnes dice que si Santa Anna pretendía derrotar a 4,000 soldados españoles con una fuerza de 1,000 hombres, "probaba con ello no ser militar".²⁰²

Bulnes critica incluso la forma en que Santa Anna dirigió la marcha hacia Tampico, puesto que mandó a la caballería por tierra y a la infantería por mar. Como por donde pasa la caballería pasa también la infantería, Bulnes no comprende la decisión, puesto que los pertrechos podían haberse mandado, de todas formas, por mar. De esta forma, si Laborde los capturaba, sólo se perdían los pertrechos; "pero como lo dispuso Santa Anna era casi seguro que se perderían: pertrechos, más infantería, más Santa Anna, más el prestigio de los militares mexicanos."²⁰³

Bulnes también critica fuertemente a Santa Anna porque, cuando llegó, en lugar de atacar esperó un mes, mientras veía cómo Terán estaba fortificando y estableciendo baterías. En ese mes, Barradas pudo haber recibido refuerzos. Bulnes dice: «En Alemania, Francia, Inglaterra o Estados Unidos, en cualquier nación con verdadero ejército, Santa Anna, por su marcha marítima, hubiera sido condenado por un consejo de guerra y destituido de mando elevado, en vez de recibir la banda de general de división.»²⁰⁴

Por si fuera poco, Bulnes aclara que, conforme a la Constitución de 1824, no era legal que el gobernador de un estado invadiera con fuerzas locales y federales, como lo que hizo Santa Anna, que siendo gobernador de Veracruz invadió Tamaulipas. Disponer de las fuerzas de un estado fuera de su territorio era facultad exclusiva federal.²⁰⁵

Bulnes cuestiona la razón por la que Santa Anna, siendo solamente general de brigada, se preparaba, como dice Suárez y Navarro, "para batir al enemigo en cualquier lugar que hubiese desembarcado".²⁰⁶ Bulnes se pregunta si no había

²⁰² *Ibid.*, p.42

²⁰³ *Ibid.*, p.43

²⁰⁴ *Ibid.*, p.44-45

²⁰⁵ *Ibid.*, pp. 45-46.

²⁰⁶ Suárez y Navarro, *op. cit.*, p. 145.

generales de división más antiguos que él en la República y si no había un ministro de Guerra que nombrara un jefe de operaciones para enfrentar la invasión. Bulnes concluye lo siguiente:

Santa Anna, que ya había dado muestras de malsana ambición, y estimando en su justo valor la debilidad de Guerrero, determinó crearse dictador para hacer la campaña contra Barradas. Y el general Guerrero, que en su carácter como patriota era un héroe, como hombre de estado era una mujer y encontró o fingió estar admirable la conducta de Santa Anna, y antes que éste hiciese algo de importancia contra Barradas, premió su insubordinación y su falta de verdadero patriotismo, otorgándole la banda azul de general de división; cuyo nombramiento recibió Santa Anna el 29 de agosto de 1829. El público aplaudía estas locuras porque confundía la ordenanza con la vida de Don Quijote y con los espadachines del drama erótico español²⁰⁷

Bulnes resalta algunas diferencias en la narración de los hechos entre Suárez y Navarro y Zamacois. Por ejemplo, Suárez y Navarro dice que el ataque se prolongó hasta las 21 horas y que Salomón fue el que enarboló la bandera blanca, mientras Zamacois dice que Santa Anna enarboló la bandera para proponer al enemigo capitular y que Salomón aceptó porque quería hacer tiempo a que llegara Barradas de Altamira con el grueso del ejército.²⁰⁸

Bulnes también critica la actitud de Santa Anna cuando llegó Barradas porque se mantuvo quieto; según Bulnes no se fue porque estaba entre el río y Barradas. Afirma que de ninguna manera puede considerarse como "arroyo", ni decir que la serenidad de Santa Anna fue lo que salvó a la fuerza. Bulnes asegura que es imposible que Barradas haya temido enfrentarse a Santa Anna, que contaba sólo con la cuarta parte de sus fuerzas.²⁰⁹

Bulnes encuentra inexplicable que Barradas no haya combatido a Santa

²⁰⁷ Bulnes, *op.cit.*, pp. 51-52.

²⁰⁸ *Ibid.*, pp. 56-57.

Anna. Asegura que un militar experto forzosamente se habría dado cuenta de que no era posible que Santa Anna tuviera fuerzas, ni del otro lado del río. Dice que en España, a raíz de este acto, juzgaron a Barradas “por haberse vendido al oro mexicano”, aunque explica que esto no fue verdad puesto que Santa Anna no tenía oro, ni quien le fiara ni un peso en el lugar. Según Bulnes, Barradas ya no quiso derramar sangre; se dio cuenta de que las milicias formaban “masas cobardes” y de que seguramente creyó que todos los generales debían ser como De la Garza, unos cobardes, y “que todos los batallones mexicanos eran aglomeraciones de liebres”. Según él, debió desengañarse por esto y porque ningún mexicano se había acercado con la ilusión de volver a ser vasallo de España. Según Bulnes, ésta es la versión que tomó Zamacois de Iturria.²¹⁰

Bulnes concluye:

Barradas pudo colocar libre y sano a su enemigo en su cuartel general para tratar después con él, imponer, sino una capitulación a Santa Anna, si un convenio para terminar la guerra que no tuviera un carácter de capitulación y Santa Anna hubiera tenido que aceptarlo. También pudo Barradas batir la corta fuerza de Santa Anna, tomarle prisionero y tratar con Terán buenas condiciones para volverse a La Habana. La conducta de Barradas fue generosa, un buen rasgo español de clásica hidalguía en que para tratar nuevamente con el enemigo se comienza por dejarlo libre.²¹¹

“Ese mismo día o al día siguiente debió haber terminado la guerra, si Santa Anna no hubiera pensado antes que en la humanidad y en su patria, en su ambición personal.”²¹²

Bulnes está de acuerdo con Arrangoiz en que si detrás del plan de reconquista de Barradas hubiese existido la idea de traer a un Borbón para

²⁰⁹ *Ibid.*, p.59.

²¹⁰ *Ibid.*, pp. 60-62.

²¹¹ *Ibid.*, p. 63.

²¹² *Ibid.*, p. 64.

governar independientemente de España, la república se hubiera hundido. Bulnes dice que el partido que trajo a Maximiliano era más fuerte en 1829 que en 1861. Sin embargo, asegura que ese gobierno monárquico hubiera durado menos que el de Maximiliano.²¹³

Bulnes asegura que Santa Anna debió de buscar la paz en cuanto llegó Barradas a Tampico, por las siguientes razones:

1) Podían llegar refuerzos de España. En ese momento no se podía saber que Laborde había abandonado definitivamente a Barradas.

2) Fernando VII podía mandar un Borbón para establecer una monarquía independiente de España. En México había partidarios de este tipo de gobierno.

3) No era conveniente provocar a España, porque el comercio podía salir muy perjudicado.

4) Era bochornoso que una escuadra recogiera a Barradas antes de obligarlo a capitular.

Dice Bulnes: "Santa Anna estaba pues obligado como mexicano, como militar, como político, como patriota y como humanitario a hacer la paz cuanto antes, ofreciendo a Barradas una capitulación o convenio honroso."²¹⁴

Según Bulnes, Barradas pretendía "seducir" a Santa Anna para que se pronunciara a favor de Fernando VII, otorgándole algún título, como marqués de Pueblo Viejo, duque de Tampico, etc. Por eso, según Bulnes, Barradas no respondía a Santa Anna pidiéndole concesiones para capitular o evacuar el territorio. Según Bulnes, Santa Anna no se dejó "seducir", no por falta de ambición, sino porque sabía que no era posible que México volviera gustoso a la dominación de España.²¹⁵

En este punto Zamacois está en total desacuerdo. Piensa que el general mexicano estaba en una situación ventajosa a la de Barradas y no cree que se le hubiera ocurrido comprarlo, sabiendo, además, que Santa Anna había estado a

²¹³ *Ibid.*, p. 65.

²¹⁴ *Ibid.*, pp. 64-68.

²¹⁵ *Ibid.*, pp. 71-72.

favor de la expulsión de los españoles.²¹⁶

Bulnes hace unas críticas muy fuertes a Santa Anna. Dice que un soldado no puede referirse a militares fieles a su patria, a su rey y a su ley como "aventureros". Particularmente le parece intolerable que Santa Anna se refiera en estos términos a Barradas, puesto que a él debía su libertad. Dice Bulnes: "Santa Anna era el único general mexicano incapacitado por el honor para exigir al general de quien recibió gran prueba de generosidad que se rindiese a discreción."²¹⁷

Sobre la negativa de Santa Anna a firmar un tratado con el coronel Salomón y don Fulgencio Salas, Bules dice los siguiente:

La cuestión había quedado reducida a lo siguiente: la patria está salvada, el enemigo dispuesto a capitular; pero Santa Anna, ambicioso, inexorable y conociendo a sus galerías quería ofrecerles el espectáculo teatral de una rendición incondicional. ¿Debía derramarse sangre española y mexicana en un combate desesperado por el prestigio de Santa Anna ante un vulgo poco civilizado? Santa Anna optó, como era de esperarse, por su ambición y negó firmar lo que ofrecía bajo palabra de honor.²¹⁸

Concluye Bulnes:

¿Era necesario para la dignidad e intereses de México exigir a Barradas su rendición incondicional? ¿sí? Pues entonces Santa Anna yéndose para atrás de su intimación de rendición incondicional y concediendo la capitulación que por tres veces había negado, manchó la dignidad de su país y de sus armas. ¿No exigían la dignidad y los intereses de la nación la rendición de Barradas? Entonces, ¿por qué derramó la sangre de su mejor oficialidad y de sus mejores soldados para darle al enemigo un

²¹⁶ Zamacois, *op. cit.* p. 764.

²¹⁷ Bulnes, *op. cit.*, pp. 75-76.

²¹⁸ *Ibid.*, p. 82.

nuevo triunfo militar y político?²¹⁹

La obra de Bulnes es muy particular en la historiografía del intento de reconquista. A pesar del triunfo que fue para México, hace hincapié en que se debió más a los errores de los españoles que a los aciertos de Santa Anna, a quien trata de desacreditar a toda costa.

Supuestamente Bulnes trata de desmitificar la historia en su búsqueda de la verdad, pero en ocasiones parece un poco exagerado. Afirmar, por ejemplo, que Santa Anna no se dejó seducir por el invasor porque sabía que su proyecto fracasaría y no por su falta de ambición, no es más que una especulación. Lo mismo que afirmar que Santa Anna debió hacer tal o cual cosa; el hecho es que no lo hizo.

²¹⁹ *Ibid.*, p. 84.

Carlos Pereyra

Su vida. Carlos Pereyra nació en Saltillo, Coahuila, el 3 de noviembre de 1871. En su tierra natal estudió en el Colegio de San Juan, con jesuitas. En la ciudad de México se graduó en derecho en 1895 en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. De esta época deriva su formación positivista. Fue defensor de oficio en el Distrito Federal y agente del ministerio público. En Monterrey dirigió *El espectador* y en la capital colaboró en *El Mundo Ilustrado* y en *El Imparcial*. Contrajo matrimonio con María Enriqueta Camarillo. En 1905, Pereyra comenzó sus actividades pedagógicas como profesor de español en la Escuela Nacional Preparatoria. También enseñó sociología en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

Su carrera diplomática se inició en 1909 al ser nombrado segundo secretario de la embajada de México en Washington, y primer secretario en 1910. Debido a las circunstancias del país constantemente lo cambiaban de puesto. Fue encargado de negocios en Cuba²²⁰. Volvió a México y fue Diputado del Congreso de la Unión; en 1911 y fue nombrado nuevamente primer secretario de la embajada de México en Washington. Al subir Madero al poder regresó a México y fue destituido del cargo. El gobierno de Victoriano Huerta nombró a Pereyra ministro plenipotenciario en Bélgica, pero abandonó el cargo cuando Venustiano Carranza tomó el poder. El matrimonio Pereyra se quedó en Europa. Finalmente fueron a España, donde Carlos Pereyra trabajó en el Instituto Gonzalo Fernando de Oviedo. Murió en España el 30 de junio de 1942.

Su obra. En su obra *De Barradas a Baudín* rebate la visión que Bulnes tuvo de la invasión de Barradas. Y no sólo sobre la invasión de Barradas. Pereyra hace unas críticas muy duras a Bulnes:

Entre los libros que culmina el Sr. Bulnes con su cólera tribunicia, no hay ninguno que merezca siquiera el calificativo de mediano como obra de ciencia: malos o pésimos desde el punto de vista literario, son apenas aceptables como medios de vulgarización, con

tal que entre ellos haya una buena podadera. Por lo demás esos escritores, cuya obra habitualmente no es de investigación analítica sino de exposición, poco pecan si copian errores no hallando a mano otra cosa. Nótese que hasta la publicación del libro del Sr. Bulnes no había ninguna obra de aliento y reputación sobre los primeros veinte años de nuestra vida independiente, si exceptuamos las memorias de contemporáneos, entre las cuales hay algunas excelentes, pero que no son sino material para la historia científica.²²¹

El Sr. Bulnes, debe repetirse aquí, no prodiga los esfuerzos de su noble espíritu para buscar, entre la maleza de los documentos que consulta, la verdad histórica, en su integridad palpitante: no, la tarea a la que se sacrifica, es a la de rastrear mentiras, ¡y las encuentra! Cuando no le salen al paso en las páginas del libro educativo, hace una batida en toda regla para sorprenderlas en las agrestes alturas de la vanidad patriótica. No es esa la misión del historiador que se compone de elementos científicos y artísticos, esto es, de investigación crítica y de evocación patriótica.²²²

Pereyra piensa que hay mucho trabajo documental por hacer para conocer bien el desarrollo de los acontecimientos, pero que de los documentos importantes hoy se desprende que el general Garza fue culpable por su descuido y desconcierto porque pudo por lo menos salvar el armamento, si es que no tenía los medios para una resistencia. Dice que también puede concluirse la flaqueza de Barradas y el cambio de rumbo que dio la llegada de Mier y Terán, primero solo y después cuando se unió a Santa Anna.²²³

Con respecto a la cuestión de quién enarbó la bandera blanca para proponer al enemigo que capitulara, Pereyra no comprende a qué versión española

²²⁰ Martha González Pérez, *El historiador Carlos Pereyra y su idea de la historia*, México, UNAM, Tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras 1964, pp. 9-18.

²²¹ Carlos Pereyra, *De Barradas a Baudin. Un libro de polémica historial*, México, Tipografía Económica, 1904, p. 15.

²²² *Ibid.*, pp. 20-21.

²²³ *Ibid.*, p. 34.

se refiere Bulnes, puesto que el parte oficial de Salomón dice que por sus instrucciones se enarboló dicha bandera para solicitar una tregua y para advertir al enemigo que estaba dispuesto a seguir el ejemplo de Sagunto. Dice Pereyra: "¡Deliciosas declaraciones de heroísmo después de pedir parlamento! Es también particular que el coronel Salomón, tan digno y pundonoroso, manifestara en su parte oficial que la única fuerza con que contaba el 21 de agosto eran 20 enfermos convalecientes y cansados."²²⁴

Bulnes dice que cuando llegó Barradas a Tampico, no combatió a Santa Anna, básicamente por su generosidad y porque ya estaba dando por terminada la campaña. Al respecto, Pereyra afirma: "Todo esto, si algo indica, es que la generosidad, hija de una hidalguía clásica, que inspiró a Barradas la libertad en que dejó a Santa Anna para retirarse a su cuartel, supuesto que no hubiera evitado la lucha por otras causas, no se encaminaba a buscar el término pacífico de la campaña, sino a continuarla por medios pacíficos también."²²⁵

Según Pereyra, Bulnes se contradice porque más adelante culpa a Santa Anna de haber continuado la guerra por su ambición personal, y afirma que la intención de Barradas era seducir a Santa Anna.

Una de las acusaciones más graves que hace Bulnes a Santa Anna es haber actuado por su cuenta. Sin embargo, para desmentir esto, cita a Zavala y a Suárez y Navarro.

Bulnes se refiere a la violación constitucional de que Santa Anna haya movilizado fuerzas de Veracruz a Tamaulipas. Pereyra, dada la situación, justifica la actuación de Santa Anna:

No, los cívicos de Veracruz no fueron invasores únicos y excepcionales de Tamaulipas. Si hubo invasión la consumaron igualmente otros jefes y otros guardias nacionales destacados hacia el teatro de la guerra. ¿Quién dispuso esas invasiones? ¿Fueron obra espontánea de los Estados a los que pertenecían las fuerzas

²²⁴ *Ibid.*, p. 41.

locales? No, ciertamente: ni San Luis, ni Zacatecas, ni México, ni Guanajuato ni Veracruz cometieron el patriótico y generoso atentado de invadir con sus fuerzas territorios de otros Estados, para rechazar la invasión española. Si Santa Anna se distinguió entre todos los jefes, fue por su actividad, no por la espontaneidad de su acción para disponer de las fuerzas locales. El Gobierno Federal, fundándose en el decreto del 14 de mayo de 1828, creyó tener las facultades necesarias para movilizar las fuerzas cívicas de que se ha hablado. Santa Anna lo que hizo fue responder al llamamiento del Gobierno General, poniendo en juego las notables cualidades de organización que le reconoce el Sr. Bulnes, y que eran, juntamente con su actividad, las únicas prendas valiosas del inepto general y bullicioso intrigante.²²⁶

Bulnes asegura que fue la ambición de Santa Anna lo que prolongó la guerra. Pereyra no concuerda con esta opinión. Dice que nada asegura que Barradas hubiese aceptado una capitulación antes del 8 de septiembre. Es más, entre el 22 de agosto y el 8 de septiembre hizo algunos intentos muy lejos de capitular. Dice Pereyra:

Todo el cargo que se podrá hacer a Santa Anna se reduce a esto: no quiso tener una entrevista con Barradas y ni verbalmente ni por escrito le pidió la evacuación del país. Ignoramos la multitud de hechos fugaces y decisivos que hayan estado presentes en el ánimo de Santa Anna para obrar como lo hizo, y sin esos elementos no puede pintarse un cuadro que no sea fantástico. Ignoramos la conveniencia del momento: ¿cómo hacer inculpaciones sin prueba? Queda la cuestión de honor, el ofrecimiento hecho a Barradas, y esta dificultad resuelta por Santa Anna diciendo "Mi gobierno me prohíbe entrar en pláticas con el enemigo" ¡Oh villanía!²²⁷

²²⁵ *Ibid.*, p. 45.

²²⁶ *Ibid.*, pp. 51-52.

²²⁷ *Ibid.*, p. 54.

Bulnes critica a Santa Anna porque del 21 de agosto en que Barradas lo dejó ir al 8 de septiembre, el general mexicano no dio señales de vida. Pereyra piensa que Santa Anna se quedó inactivo por falta de recursos y critica a Barradas por no haber caído sobre Santa Anna en esos días. "Barradas no era ni un Cortés, ni un Mina, ¡ni un Santa Anna! Había venido con armas por equivocación de su gobierno, pues su misión era más política, religiosa y mercantil, que guerrera, o mejor dicho, era todo aquello y nada de esto."²²⁸

Pereyra critica la narración que hace Bulnes del ataque al fortín de la Barra. Aclara que Bulnes siguió en esto a Zamacois "y no enmienda la descuidada cronología del autor español, lo que indica que no comparó un texto de segunda mano, tan infiel como deficiente, con los documentos originales, sobre todo con los partes de Santa Anna y Mier y Terán".²²⁹ En cambio, defiende la actitud de Suárez y Navarro, que aunque exagera los puntos que sirven para justificar a Santa Anna, "es un auxilio para llegar a la verdad"²³⁰.

Pereyra está totalmente en desacuerdo en que Barradas era buen militar:

¿En qué acción, en qué combinación acreditó Barradas su buen juicio de verdadero militar? Contó con veinte días para internarse en el país y situar su cuartel general en un clima sano, y no supo tomar esta determinación a la que no se oponía ninguna fuerza medianamente organizada. Comenzó su marcha cuando ya dejaba en el puerto no una guarnición sino un enorme hospital. El 21 de agosto no acreditó condiciones militares y políticas, y después de ese día su conducta fue, hasta el 25, la de un pobre negociador; y hasta el 8 de septiembre la del avestruz de que habla Carlyle. El 10 y 11 no se rehabilitó. Como brigadier, la única especialidad que se le conoció en México fue la de izar banderas parlamentarias. Si es

²²⁸ *Ibid.*, p. 57.

²²⁹ *Ibid.*, p. 64.

²³⁰ *Ibid.*, p. 66.

cierto que no fue derrotado, también que a nadie supo derrotar, pudiendo hacerlo.²³¹

Pereyra dice que Barradas no se retiró con todos los honores, como dice Bulnes: "Perder armas, municiones y banderas, no es honorífico, ni menos cuando se pierden sin pelear, como es el caso de Barradas."²³²

Y continúa más adelante: "Barradas, buen juez en su propia casa, se condenó a sí mismo, y no volvió a su país como lo afirma el Sr. Bulnes. ¿Por qué? El abandono de que fue víctima no lo absolvía, porque eran patentes su inacción e impericia para dominar su situación militar que nada tenía de angustiosa hasta que él mismo se dejó bloquear."²³³

Pereyra fue un destacado hispanista. Llama la atención que ni esta preferencia lo llevara a una posición favorable a Barradas. Se impone, ante todo su juicio crítico de historiador preocupado por encontrar la verdad de los hechos. Realmente quiere rebatir a Bulnes porque encuentra que sus argumentos están totalmente equivocados. Pereyra parece ser mucho más riguroso en el manejo de las fuentes. Por ejemplo, critica a Bulnes porque se basa mucho en Zamacois y no en partes oficiales. Creo que el criterio de Pereyra sería una buena guía para adentrarse más en el tema.

La polémica Bulnes-Pereyra es muy importante en el asunto del intento de reconquista de Barradas, aunque se pierde mucho en detalles y se centra, sobre todo, en la participación de Santa Anna.

²³¹ *Ibid.*, pp. 70-71.

²³² *Ibid.*, p. 72

²³³ *Ibid.*, p. 72.

Conclusiones

La historiografía de la invasión de Barradas gira sobre todo en torno a dos de sus protagonistas: Isidro Barradas y Antonio López de Santa Anna. En general casi todos los autores que se han incluido en este estudio defienden la actuación de Santa Anna; la gran excepción es Francisco Bulnes, quien en realidad dedica todo el capítulo de la invasión a descalificar al famoso militar.

La figura de Barradas, en general, resulta bastante desacreditada, incluso por Eugenio de Aviraneta, único testimonio español de la invasión. Las opiniones coinciden en que no era un militar destacado y que no estaba a la altura de la misión que se le encomendó. El que mejor habla de él es Zamacois, que insiste mucho en la generosidad y honestidad del brigadier español. Bulnes, en su afán por desacreditar a Santa Anna, defiende la actuación de Barradas.

Prácticamente todos los autores coinciden en que la invasión tuvo su origen en la expulsión de los españoles, puesto que fueron los expulsos los que promovieron la acción militar ante Fernando VII y sus ministros. Todos coinciden en que las condiciones del país no eran propicias para que México volviera a la metrópoli como una colonia. La excepción es Mariano Torrente, cuya obra, según parece, fue escrita explícitamente para preparar una posible reconquista (sin duda, un caso interesante de cómo la historiografía puede estar al servicio de intereses particulares).

Algunos autores, sin embargo, piensan que la invasión hubiera tenido éxito si a la cabeza de ella hubiera venido un príncipe español. Francisco de Paula Arrangoiz es el caso más representativo de este tipo de monarquistas. Al parecer esta postura tenía un número considerable de partidarios.

En este trabajo no me he ocupado de autores españoles. Pero no es raro que la historiografía española no se haya ocupado mucho del asunto. Finalmente fue un fracaso rotundo para España. La excepción es Niceto de Zamacois, que aunque siendo español, es un importante autor para la historiografía mexicana.

Los autores del siglo XX muy poco se han ocupado del tema de la invasión. Quizá el que más lo ha hecho es Harold Sims, en relación con la expulsión de los españoles. Sims dice que la seriedad del tema se ha perdido a veces en una retórica inútil, como en el caso de la polémica entre Francisco Bulnes y Carlos Pereyra.

Sería interesante que surgieran estudios modernos, más serios, que cotejaran los documentos existentes, que ayudasen a esclarecer algunos de los puntos oscuros de este episodio. Por ejemplo, la actuación de Felipe de la Garza, las verdaderas intenciones de Barradas con respecto a Santa Anna (si realmente quería o no sobornarlo), la existencia o no de la batalla de El Chocolate que menciona Zamacois, la verdadera actuación de Aviraneta, etc.

Apéndice 1.

Proclama de Barradas

Después de ocho años de ausencia volvéis por fin a ver a nuestros compañeros, a cuyo lado peleasteis con tanto valor para sostener los legítimos derechos de vuestro augusto y antiguo soberano el Sr. D. Fernando VII, S. M. en ese reino, y se acuerda que le fuisteis fieles y constantes. La traición os vendió a vosotros y a vuestros compañeros.

El rey nuestro señor manda que se olvide todo cuanto ha pasado, y que no se persiga a nadie. Vuestros compañeros de armas vienen animados de tan nobles deseos y resueltos a no disparar un tiro, siempre que no les obligue la necesidad.

Cuando servíais al rey nuestro señor, estabais bien uniformados, bien pagados y mejor alimentados: ese que llaman vuestro gobierno, os tiene desnudos, sin rancho ni paga. Antes servíais bajo el imperio del orden para sostener vuestros hogares, la tranquilidad y la religión: ahora sois el juguete de unos cuantos jefes de partido, que mueven las pasiones y amotinan a los pueblos para ensalzar a un general, derribar un presidente y sostener los asquerosos templos de los francmasones yorkinos y escoceses.

Las cajas de vuestro llamado gobierno están vacías y saqueadas por cuatro ambiciosos, enriquecidos por los empréstitos que han hecho con los extranjeros para comprar buques podridos y otros efectos inútiles. Servir bajo el impero de esa anarquía, es servir contra vuestro país y contra la religión santa de Jesucristo. Estáis sosteniendo, sin saberlo, las herejías y la impiedad, para derribar poco a poco la religión católica.

Oficiales, sargentos, cabos y soldados: abandonad el campo de la usurpación: venid a las filas y a las banderas del ejército real, al lado de vuestros antiguos compañeros de armas, que desean, como buenos compañeros, daros un abrazo. Seréis bien recibidos, admitidos en las filas: a los oficiales, sargentos y cabos se les conservarán los empleos que actualmente tengan, y a los soldados se

les abonará todo el tiempo que tengan de servicio, y además se gratificará con media onza de oro al que se presente con fusil. Cuarto general, etc. — El comandante general de la división de vanguardia. — Isidro Barradas

(Niceto de Zamacois, *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, Barcelona y México, JF Parres, 1879, vol. XI, pp. 727-728.)

Apéndice 2

"Artículos del convenio hecho en Pueblo Viejo de Tampico el 11 de septiembre entre los comisionados de las fuerzas españolas y mexicanas

"1o. Mañana a las nueve del día evacuarán las fuerzas españolas el fuerte de la Barra con sus armas y tambor batiente para entregarlas junto con las municiones de guerra al Ejército Mexicano, quedando bajo el mando del general Manuel Mier y Terán, segundo jefe del ejército. Dichas tropas pasarán a Tampico de Tamaulipas junto con sus oficiales, quienes conservarán sus espadas.

"2o. A las seis de la mañana del día siguiente toda la división española, que se halla en Tampico de Tamaulipas, marchará a las órdenes del general Terán, y entregará sus armas, banderas y municiones de guerra en los arrabales de Altamira, reteniendo los oficiales sus espadas.

"3o. El Ejército y Gobierno Mexicano garantizan solemnemente a todos los individuos de la división invasora sus vidas y propiedades particulares.

"4o. La división española pasará a la ciudad de Victoria, donde permanecerá hasta su embarque para la Habana.

"5o. Se concede al general español permiso para mandar uno o dos oficiales a la Habana para conseguir los transportes, en que han de conducirse sus fuerzas a dicho puerto.

"6o. Será de cuenta del general español pagar los gastos de manutención de su división, mientras permanezca en el país, lo mismo que los de los transportes.

"7o. Los enfermos y heridos de la división española, que no puedan marchar, se mantendrán en Tampico hasta que puedan trasladarse al hospital del Ejército Mexicano, donde serán asistidos por cuenta de la división española, la que dejará los cirujanos, practicantes y soldados necesarios, para cuidar de ellos.

"8o. Se proporcionarán a la división española los bagajes necesarios para su marcha, que pagará dicha división al precio corriente del país, lo mismo que los víveres que se le han de suministrar.

"9o. El coronel de la división española queda encargado del cumplimiento de esta capitulación con respecto a las tropas, que se hallan en la Barra, y hará que se franquee el paso al jefe que manda en la punta llamada Doña Cecilia.

"10o. El general Mier y Terán nombrará dos oficiales para que faciliten estas operaciones con arreglo al precedente artículo.

"El precedente convenio queda arreglado y firmado por los infrascritos el día y fecha arriba mencionados. —*Pedro Landero.*—*José Ignacio Iberri.*—*José Antonio Mejía.*—*José Miguel Salomón.*—*Fulgencio Salas.* Ratificó la precedente capitulación.—*Antonio López de Santa Anna.*—Ratificó la precedente capitulación.—*Isidro Barradas.*

"Artículos Adicionales"

"*Propuesto por el general español.* —En caso que llegasen a este puerto algunas fuerzas españolas pertenecientes a la división del general Barradas, no se les dejará desembarcar y se les dará aviso de este convenio.

"*Propuesto por el general mexicano.*—El general, comandantes, oficiales y tropas, que pertenecen a la división del general Barradas, prometen solemnemente no volver jamás ni tomar armas contra la República Mexicana."

Bibliografía

Alamán, Lucas, *Historia de México*. 4a. edición, México, Jus, 1990, 5 vols.

Anna, Timothy E. Anna, *España y la Independencia de América*, Mercedes E. Ismael Pizarro (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1986

Arrangoiz, Francisco de Paula, *México desde 1808 hasta 1867*, prologado por Martín Quirarte, México, Porrúa (Sepan Cuántos, núm. 82), 966 pp.

Aviraneta e Ibarogoyen, Eugenio, *Mis memorias íntimas (1825-1829)*, publicadas por Luis García Pimentel, prologado por Luis González Obregón, México, Moderna Librería Religiosa de José L. Vallejo, (Documentos Históricos de México, III) 1906, 284 pp.

Bocanegra, José María, *Memorias para la historia de México independiente, 1822-1846*, México, Fondo de Cultura Económica, Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, 3 vols.

Bulnes, Francisco, *Las grandes mentiras de nuestra historia. La nación y el ejército en las guerras extranjeras*, México, Librería de la Vda. de C. Bouret, 1904, 924pp.

Costeloe, Michael, *La primera república federal (1824-1835). Un estudio de los partidos políticos en el México independiente*, México, Fondo de Cultura Económica, (Sección de Obras de Historia), 1975, 492 pp.

----- *La respuesta a la Independencia. La España Imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1840*, Mercedes Pizarro (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1989, (Sección de Obras de Historia), 298 pp.

Delgado, Jaime, *España y México en el siglo XIX, 1820-1830*, prologado por C. Pérez Bustamante, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1950, 3 vols.

Diccionario Porrúa, *Historia, biografía y geografía de México*, México, Editorial Porrúa, 6a. ed. 1995, 4 vols.

Domínguez Illamés, Tomás, "El fin del general Barradas", en *Divulgación histórica*, vol. III, núm. 8, México, junio, 1942, p. 410-411.

Enciclopedia de México, Sabeca International Investment, 4ª ed., 1999, 14 vols.

Escobar, Manuel Marfa, "Campaña de Tampico de Tamaulipas año de 1829", en *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, vol. IX, núm. 1, julio-septiembre, 1959, pp. 44-96.

Escobar Tábera, Ramón, "Don Manuel Marfa Escobar y su campaña de Tampico", en *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, vol. IX, núm. 1, julio-septiembre, 1959, pp. 35-43.

González Pérez, Martha, *El historiador Carlos Pereyra y su idea de la historia*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Tesis de licenciatura, 1964, 205 pp.

Guedea, Virginia (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, (Historiografía Mexicana, vol. III), 1997, 468 pp.

La Minerva Guanajuatense (Guanajuato), t. I, agosto-octubre de 1829, núms. 14, 15, 16, 18, 21. (Colección Lafragua núm. 313)

Martínez Alomía, Gustavo, *Historiadores de Yucatán. Apuntes biográficos y bibliográficos de historiadores de esta península desde su descubrimiento hasta fines del siglo XIX*, Campeche, Tipografía El Fénix, 1906, 360 pp.

Memoria para la historia de la invasión española sobre Tampico, Tamaulipas, hecha en el año de 1829 y destruida por el valor y prudencia de los generales D. Antonio López de Santa Anna y D. Manuel Mier y Terán, en el corto espacio de un mes y quince días. Dala a luz Carlos Marfa de Bustamante, México, Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés, 1831, 30pp. (Colección Lafragua núm. 763)

Mier y Terán, Manuel, *Carta del general D. Manuel Mier y Terán al Lic. D. Carlos Marfa de Bustamante relativa a la expedición española mandada por el brigadier Barradas*, México, Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés, 1829, 4 pp. (Colección Lafragua núm. 894).

Méndez Reyes, Salvador, *Eugenio de Aviraneta y México. Acercamiento a un personaje histórico y literario*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1992, 148 pp.

Mora, José Marfa Luis, *Méjico y sus revoluciones*, París, Librería de la Rosa, 1836, 2 vols.

Pereyra, Carlos, *De Barradas a Baudin. Un libro de polémica historial*, México, Tipografía económica, 1904, 232 pp.

Pi-Suñer Llorens, Antonia (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación (1848-1884)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, (Historiografía Mexicana, vol. IV), 1996, 588 pp.

Sims, Harold, *La reconquista de México. La historia de los atentados españoles, 1821-1830*, Lillian D. Seddon (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, (Sección de Obras de Historia), 1984, 174 pp.

----- *Descolonización en México. El conflicto entre mexicanos y españoles (1821-1831)*, Lillian D. Seddon (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 266 pp.

----- *La expulsión de los españoles de México (1821-1828)*, Roberto Gómez Ciriza (trad.), Madrid, Fondo de Cultura Económica, (Sección de Obras de Historia), 1974, 300 pp.

Suárez y Navarro, Juan, *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1850, 458 pp.

Torrente, Mariano, *Historia de la revolución hispanoamericana*, Madrid, Imprenta de D. León Amarita, 1829, 3 vols.

----- *Historia de la revolución hispanoamericana*, introducción de Ernesto de la Torre Villar, México, Editorial Miguel Ángel Porrúa-UNAM, Coordinación de Humanidades, (Biblioteca Mexicana de Escritores Políticos), 1988, 517 pp.

Riva Palacio, Vicente *et alii*, *México a través de los siglos*, Editorial Cumbre, sf., 10 vols.

Zamacois, Niceto de, *Historia de Méjico*, Barcelona, JF Parres, 1879-1880, 20 vols.

Zavala, Lorenzo de, *Ensayo de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, prólogo, ordenación y notas de Manuel González Ramírez, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa 31), 968 pp.